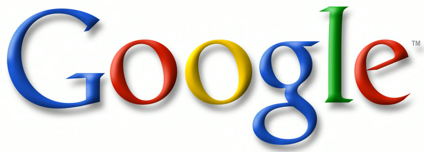
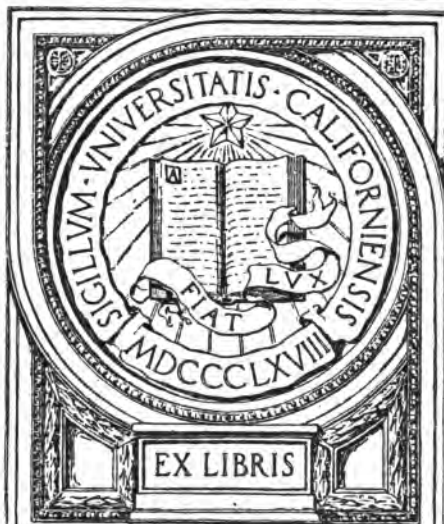



UC-NRLF
$B 299 367


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

ISABEL LOPOULOFF

ENSAYO DRAMATICO

EN CUATRO CUADROS
Y EN PROSA,

Por Don Ramon Manterola.

MÉXICO
IMPRENTA DE I. ESCALANTE,
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1873

ISABEL LOPOULOFF

ISABEL LOPOULOFF

ENSAYO DRAMÁTICO

EN CUATRO CUADROS
Y EN PROSA

POR D. RAMON MANTEROLA.



MEXICO
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1873

Bernard Moses

PERSONAJES.

ISABEL.	DENNILOFF.
CATARINA.	CARCELERO.
ANA.	ESTANISLAO.
CONDESA.	POSADERO.
LOPOULOFF.	OFICIAL.
ALEJO.	CRIADO.
BARQUERO.	GENDARMES.



La accion pasa, en la Siberia el primer cuadro, y en Rusia los siguientes.—Año de 1827.

CUADRO PRIMERO.

EL ANGEL DE TOMSK.

La escena representa una vista de la ribera oriental del rio Obi en las inmediaciones de Tomsk, en la Siberia. Por el fondo atraviesa el rio, que está helado en varios puntos. A la derecha se ve la puerta de una casita de pobre aspecto, toda de madera: el resto del foro figura un campo triste y salvaje. Acaba de amanecer.

PERSONAJES.

ISABEL.—LOPOULOFF.—CATARINA.—EL BARQUERO.

ESCENA PRIMERA.

LOPOULOFF.

En vano pido al lecho el reposo que me niega mi espíritu intranquilo. Desde que abro los ojos hasta que el dulce sueño llega á cerrármelos por algunos instantes, ¡ay bien cortos! no cesa de ocuparse mi pensamiento en la dolorosa situa-

cion á que estoy reducido. Catorce años hace que habito esta triste comarca, y en vez de acostumbrarme á ella, cada instante que pasa, parece añadir un nuevo tormento á los que me rodean.... ¡Y pensar que esto solo ha de concluir con mi vida!... ¡Oh! si no fuera por Catarina é Isabel, esos ángeles que me consuelan en mi soledad, cuánto tiempo hace que habria roto esta inútil y odiosa existencia!... Allí viene mi hija.... ¡Pobre niña! ¡Qué porvenir se le espera! ¡Ella, que merece ser tan dichosa!

ESCENA II.

ISABEL Y DICHO.

ISABEL *(besándolo.)*—Padre mio, te voy á reñir muy seriamente.—

LOP.—¡Hola! ¿Me vas á reñir?.... Pues es singular.... Se han trocado los papeles.... Justamente iba yo á hacer otro tanto contigo.

ISABEL *(con gravedad.)*—¡Ah! ¿Me ibas á regañar? Puedes comenzar desde luego. Lo haces tan raras ocasiones y de un modo tan dulce, que casi deseo que me reconvengas, al ménos cuatro veces al dia. Yo, bastantes motivos doy; pero....

LOP. *(con dulzura.)*—No; pues lo que es ahora, sí estoy muy enojado....

ISABEL.—¡Ay, qué bueno! ¿Y por qué?

LOP.—¿Por qué? Porque vos sois una niña desobediente y voluntariosa, que no gusta sino de seguir sus caprichos.

ISABEL.—¿Yo, papá?

LOP.—Sí. ¿No he dicho mil veces que no quiero que trabajes hasta tan tarde?... ¿Por qué te has desvelado anoche?

ISABEL.—¡Ah! ¿Me viste? Pues entónces tú eres quien merece la reprension.... Si sabes que estuve en vela, es claro que tambien te desvelaste....

LOP.—Hum.... Eso no es respuesta.... Contestad á lo que se os pregunta, y despues me tocará mi turno.

ISABEL.—Pues mira, papá.... Pero, ¿perdonarás mi desobediencia?

LOP.—Verémos; verémos.

ISABEL.—Pues, la verdad, estuve arreglando un vestidito para Wladimiro.... ya sabes, el hijo del barquero. ¡Está su padre tan pobre!

LOP.—Relativamente es más rico que nosotros.

ISABEL.—Sí; pero es tan bueno! Nos quiere tanto! ¡Y su mujer, la infeliz Anastasia, que murió dejando á su hijo tan pequeño,

tambien nos quiso mucho. ¿Te acuerdas cuando mamá se enfermó, hace un año, con qué esmero la asistia? ¡Quién sabe si la fatiga que entónces tuvo, fué causa de su muerte! *(Limpiándose los ojos.)*

Lop.—Sí: te acuerdas de lo que hizo Anastasia, y te olvidas que tú no te separabas de la cabecera de Catarina, y que cuando ella se levantó tú caiste enferma....

Isabel.—¡Ah! pero eso ¿qué gracia tiene? Yo era su hija, y cumplia con un deber; mas Anastasia, que sin tener obligacion ninguna, se consagró tanto á su cuidado, esa sí merece elogios y admiracion! ¡Ojalá y pudiera yo hacer algo por su hijo, en compensacion de lo que ella hizo por mi buena madre!

Lop. *(abrazándola con ternura.)*—Vamos; tienes un corazon de ángel. Contigo no hay modo de estar enfadado mucho tiempo.

Isabel *(acariciándolo.)*—¿Ves, papá; ves por qué deseo que me regañes? Ya sé bien que en esto paran siempre tus reconvenciones.

Lop. *(con afectada gravedad.)*—Es que todavía no concluyo. Vamos á ver. ¿Por qué has madrugado tanto, despues de acos-

tarte anoche tan tarde? Tu constitucion es delicada, y el horrible frio de estas regiones puede hacerte mal.

ISABEL.—Parece que has adivinado mi intencion, y quieres ganarme; pero no te ha de valer. Yo estoy sana; soy jóven, y debo y puedo trabajar y levantarme á buena hora.... Pero tú.... débil y achacoso....

LOP. *(con gravedad cómica.)*—¡Me llama viejo!....

ISABEL.—No tanto por la edad, cuanto por los pesares y fatigas.... ¿A ver tú, qué respondes? ¿Por qué madrugas tanto?

LOP.—¡Ay, hija mia! Bien sabes que esta tierra ingrata que se nos ha señalado para vivir, solo es productiva en fuerza de mis afanes y tareas.

ISABEL.—Es que tambien te empeñas en proporcionarnos, á mamá, y á mí, sobre todo, lo supérfluo, cuando estamos conformes con solo lo necesario....

LOP.—¡Lo supérfluo, y vivís en un estado muy próximo á la miseria!

ISABEL.—¡No, qué! El otro dia quisiste á fuerza comprarme este manton de pieles, y en verdad que todavía no lo necesitaba.

LOP.—Sí, sí: el invierno se anuncia muy riguroso y ya tu abrigo estaba inservible....

Pero, volviendo á lo que deciamos; léjos de que trabaje mucho, me estoy haciendo perezoso.... Ya se ve: me faltan la fe y la esperanza. ¿Cómo he de dormir, cómo he de comer, cómo he de trabajar con tranquilidad si no ceso un momento de pensar en vuestra triste suerte? A veces deseo morir, para que vosotras pudiérais volveros á Rusia.... Acaso conseguiríais, probando mi inocencia, que os devolvieran mis bienes confiscados; y, aunque tarde, tendríais el premio que merecen vuestras virtudes....

ISABEL.—No hables así, papá mio: nosotras estamos muy contentas á tu lado, y si queremos volver á Rusia, es solo por tí, que tanto lo deseas, y para que ceses de afligirte y de trabajar.... Tú no has querido escribirle al nuevo emperador, probándole tu inocencia.

LOP.—¡Pobre hija mia! ¿Y quién le haria llegar mi carta? ¿Te figuras que los reyes, y más los de nuestro país, leen los escritos que se les dirigen?

ISABEL (*titubeando.*)—Mira, papacito: hace tiempo que tengo una idea; pero anoche, sobre todo, se ha fijado de un modo invariable en mi pensamiento....

LOP. (*sonriendo.*)—Veamos; veamos esa grande idea....

ISABEL.—¿Pero no te burlarás de ella, ni te enfadarás conmigo si te desagrada?

LOP. (*acariciándola.*)—¿Yo, enfadarme contigo?.... Eso, nunca. Tu idea podrá no ser aceptable; pero tu intencion ha de ser noble y generosa como tú misma....

ISABEL.—Dices que una carta tuya no llegaria á manos del emperador; pero... ¿y si hubiese una persona que pudiera acercarse al Czar, probarle que no has sido culpable, y conseguir que se levantara tu destierro.... ¿qué dirias?

LOP. (*sonriendo.*)—¡Oh! Si en efecto hubiese una persona que pudiera y quisiera hacer todo eso, quizás no diria yo nada; porque la emocion ataria mi lengua; pero mi vida entera era poco para pagar ese inmenso beneficio, que iba á devolveros á ambas la felicidad...... Desgraciadamente, esa persona no existe.....

ISABEL.—Sí, papá; sí existe, y ninguna gratitud le deberás: ella es, por el contrario, la que agradecida á tus beneficios, quiere hoy darte una pequeña prueba de su reconocimiento....

LOP.—Pero.... ¿quién es esa persona?

ISABEL (*con timidez.*)—Yo.....

LOP. (*sorprendido.*)—¿Tú, Isabel? ¿Tú? ¡Qué estás diciendo!

ISABEL.—Sí, padre mio: yo iré á San Petersburgo; veré al emperador, me arrojaré á sus piés, y no volveré hasta no traerte el perdon anhelado.

LOP.—Já, já, já. ¿Conque vas á ver al emperador? Já, já, já, já, já.

ESCENA III.

DICHOS Y CATARINA.

CATAR.—¿Qué risas son esas? ¡Loado sea Dios, que estás hoy contento y de buen humor!

LOP.—Já, já, já. ¿Y no he de estarlo? Figúrate tú, que nuestra situacion va á cambiar completamente.... Ya vamos á ser felices.... Já, já, já.

ISABEL (*con tristeza.*)—Te habia suplicado que no te burlaras de mí.

LOP.—Dice bien: le estoy faltando al respeto. Ya habia olvidado que es persona que tiene influencias en la corte, y que habla con el emperador cuando le da la gana.... Já, já, já.

CATAR.—¿Pero de qué se trata?

LOP.—Pues aquí tienes á una gran señora, que segun parece, goza de prestigio y estimacion en la corte del emperador Nicolás, y va á tener la complacencia de andar unas cuatro mil werstas, con el fin de ver á S. M., y hablarle en favor nuestro.... Qué ¿te parece, hé?

CATAR. (*á Isabel.*)—¿Pero, qué broma es esa? Mejor harias en ir á tomar tu desayuno y dejar de pensar en esas tonterías.

ISABEL (*llorando.*)—¡Oh, madre mia! Yo creí que tú me comprendieras. Que papá se burle de mí, me lo explico.... ¿pero.... tú?....

CATAR. (*abrazándola.*)—No, hija; no me burlo.... mas aclara bien tu pensamiento.

LOP. (*muy conmovido, y abrazándola tambien.*)—¡Vamos, Isabel.... no llores.... no seas niña!... ya no me rio... ¿Ves?... ¿Pero acaso has pensado seriamente en emprender ese viaje?

ISABEL.—¡Oh, sí! muy seriamente.

LOP.—¿Y con qué elementos cuentas para obtener el logro de tus deseos?

ISABEL.—Con los que me proporcionen mi firme voluntad y mi fe inquebrantable.

CATAR.—Pero, ¿y los peligros y las dificultades de ese largo camino?

ISABEL.—Todo lo salvaré con el auxilio de la Providencia, que vela siempre hasta por la última de sus criaturas.

LOP.—Y suponiendo que lograras llegar hasta la corte, ¿cómo verias al emperador? ¿con qué recomendaciones? ¿quién te conoce? ¿acaso crees que sea esta la menor dificultad de tu empresa?

ISABEL.—Dios, que me ha inspirado esta idea, me dará los medios para realizarla.

LOP.—El móvil que te induce á hablar y á pensar de esa manera, es noble, es grande, es sublime.... yo lo admiro; y al admirarlo, te bendigo desde el fondo de mi pecho, porque veo con placer que si algun bien hemos recibido con mi injusto destierro, es el de que tu alma se haya conservado aquí libre de la corrupcion que reina en las cortes y en las grandes ciudades de Europa. Tu corazon es puro; tus sentimientos elevados; y descollando entre ellos el amor filial, quieres ser la heroina de ese cariño, sin pensar que ante lo imposible tiene que inclinarse, que retroceder la voluntad más firme. Yo comprendo tu idea, adivino tu pensamiento. (*Conmoviéndose por grados.*) Esperas que lo grande de esa ac-

cion que intentas conmueva el corazon del monarca, y que el premio de ella sea obtener un buen resultado y devolverme la felicidad.... Sí, Isabel, lo comprendo; lo agradezco.... Dí, ¿si no te lo agradeceré, hija mia?.... Dí, si no apreciaré en todo su valor la nobleza de tus sentimientos.... cuando (*abrazándola*) ya ves... estoy llorando... y la emocion apénas me permite dirigirte la palabra.... Pero tú, amada hija mia, no sabes lo que es una corte.... Los serviles aduladores se encargan de alejar al monarca de todo sentimiento generoso.... Allí, la verdad y la virtud dificilmente se abren paso, en medio de la calumnia, de la mentira y de la bajeza que las ofuscan.... Allí, la pobreza honrada raras veces logra penetrar, porque temen los cortesanos que sus harapos manchen los oropeles de la degradada nobleza... No, no, hija mia, no intentes ir á la corte; su contacto mancharia tu virginal pureza....

ISABEL.—Padre, tengo fe en mí misma y en los principios que tú y mamá habeis grabado de un modo indeleble en mi corazon; ellos serán mi talisman si llega el momento de la prueba.

LOP.—Pero, hija, el viaje que quieres emprender, tendria peligros y dificultades hasta para hombres fuertes y robustos.... ¿qué seria para tí, pobre y delicada niña?

ISABEL.—Vosotros habeis hecho bien ese penoso viaje, y me habeis traido á mí, pequeña entónces, en vuestros brazos.

LOP.—Es verdad; pero fuimos conducidos por fuerza, y....

ISABEL (*con energía.*)—¿Y qué es la coaccion física al lado del deber, que me impele á dar este paso para salvarte?

CATAR. (*arrojándose en sus brazos muy conmovida.*)—No puedo más, hija adorada.... irás: irás; pero no sola.... Yo convenceré á tu padre.... Déjame.... déjame con él unos momentos.... Pero ántes, dame un beso....

ISABEL (*dándoselo.*)—¡Ah! gracias, madre mia.

(*Entra en la casa.*)

ESCENA IV.

LOPOULOFF Y CATARÍNA.

CATAR. (*aparte y con amargura.*)—(¡Ah! ¡qué leccion me ha dado mi hija!.... Siento que la vergüenza enciende mi rostro.)

LOP.—¿Qué dices?

CATAR. —Que soy una miserable, y que no me atrevo á mirarte cara á cara.....

LOP. —¿Tú, tú, Catarina? ¿y por qué?

CATAR. —Ese pensamiento tan simple, tan natural que ha tenido Isabel, y que ha expresado con tanta ternura como sencillez, á mí, á mí me debió venir ántes que á ella; á mí, que hasta cierto punto he sido la causa de tu destierro... Y, sin embargo, lo confieso, no se me habia ocurrido.

LOP. —¿Pero tú la causa de mi destierro? ¿Y por qué? ¿acaso tienes tú la culpa de que ese infame Denniloff hubiera quedado cautivo de tu belleza? ¿de que se atreviera á confesártelo? ¿de que yo, ciego de furor, le hubiese insultado y abofeteado públicamente? ¿Acaso eres tú la que le inspiró esa infernal idea de vengarse de mi injuria y de tus desdenes, denunciándome ante el Czar como conspirador?

CATAR. —¡Oh! quizás si hubiera yo tenido entónces más prudencia, las cosas habrian pasado de otro modo....

LOP. —¡Cómo! ¿te arrepientes de haberme hecho conocer las intenciones de ese hombre?....

CATAR. —No, no me arrepiento; pero.... no sé lo que digo. Lo que hay de cierto es que

la idea de Isabel es buena; mas ella no puede emprender sola ese viaje: yo la acompañaré, si tú me lo permites.

LOP. (*conmovido.*)—¡Qué locura! ¿Y presumes que pudiera yo esperar vuestro regreso? ¿Qué seria de mí, pobre anciano, en esta soledad, sin vosotras que sois mi único consuelo; que me dais vigor para el trabajo; que animais mi fe desfallecida; que me haceis, en fin, soportar este destierro, sin buscar en el suicidio el único medio de salir de él? ¿Qué seria de mí, triste y abandonado por tanto tiempo? Cuando volviérais á mi lado, me hallaríais muerto, y solo podríais llevaros mi cadáver....

CATAR: —No, no digas eso..... no te quedarás solo. Isabel, que es más delicada, que está ménos acostumbrada que yo á las fatigas y penalidades, se quedará contigo; y yo entretanto....

LOP. —No; ambas os quedaréis. (*Sonriendo tristemente.*) Mira, nos estamos figurando el porvenir más sombrío de lo que es en sí mismo: la muerte del emperador Alejandro, puede traer un cambio favorable en nuestra situacion. El nuevo soberano no tiene motivos para estar pre-

venido en mi contra. Además, Delinnoff, que era mi único enemigo en la corte, ha caido de la gracia del Czar, y ha tenido que retirarse á una de sus propiedades en el Kazan. Así me lo refirió uno de los confinados que han llegado últimamente. Ya ves que Dios es justo, pues comienza por castigar á ese hombre inícuo. Quizás toque tambien el corazon de Nicolás; se acuerde éste de mí, y me haga volver á la ciudad en donde pasé mis primeros años.

CATAR. (*moviendo la cabeza con desconfianza.*) —Es difícil: tú me has dicho otras ocasiones, que la mayor parte de los reyes, se acuerdan más comunmente de vengar un antiguo agravio que de reparar una injuria....

LOP. —Todo, todo es posible; mas no perdamos la confianza en el Todopoderoso.... Como sabes, hoy tengo que ir á Sosnowskoi, que está dentro del radio que se mè ha fijado; voy á contratar nuestras provisiones para el invierno, y á buscar comprador para los frutos que hemos recogido en el presente año.... A mi vuelta, que tendrá lugar ántes de quince dias, pués no ignoras que me está prohibido

prolongar mi ausencia de este punto, por un plazo mayor, hablarémos con calma de lo que deba hacerse, y tal vez encontrémos algun feliz camino. Entretanto, convence á Isabel de que es una locura irrealizable lo que ha pensado: dile que espere y confie. Yo no quiero hablarle ya de esa materia, porque la emocion que me ha producido su noble intento, me lo impediria.... En fin, voy á disponerme para la marcha..... Vuelvo, ¡hé! (*Entra en la casa.*)

ESCEÑA V.

CATARINA.

¡Qué alma tan noble! En efecto, seria un golpe mortal para él, que á la vez le abandonásemos Isabel y yo.... Tal vez cuando vuelva, consentirá en que yo sola vaya á procurar su vindicacion. Él la desea por nosotras, y yo solo por él y por Isabel, cuyo porvenir aquí, es bien oscuro y triste. Por lo demás, ¿qué me falta para ser dichosa? nada.... El trabajo y las privaciones no me espantan. Tengo un marido-modelo. Es el mejor de los hombres; su cariño por mí no se entibia, y me trata con las mismas consideraciones que el primer dia de nuestra union. En cuanto á mi hija, ¡oh! es un ángel de virtud y

de candor. Adora á sus padres, y pasa su tiempo entre el estudio y el ejercicio de la caridad, que prodiga á manos llenas entre los desgraciados de la comarca. Ella les consuela en su adversidad; ella los asiste cuando enferman; enseña á sus hijos las primeras letras, y párte con ellos su escaso pan cuando tienen hambre. ¡Con razon todos la llaman «El Angel de Tomks!...» ¡Oh! cuántas grandes señoras que nadan en la opulencia y habitan lujosos palacios, envidiarian, si la conocieran, la dulce tranquilidad que disfruto en este pobre hogar. (*Va á entrar en la cabaña, cuando salen Lopouloff é Isabel, llevando el primero abrazada á la segunda.*)

ESCENA VI.

CATARINA.—ISABEL.—LOPOULOFF (dispuesto para partir, trae un báculo ó baston en que se apoya.)

LOP. (*á Isabel.*)—Conque á mi vuelta hablarémos de tus proyectos.... Pero, ¿por qué son esas lágrimas? Nuestra separacion no será larga: no te aflijas.

ISABEL (*procurando sonreir.*)—No, ya no lloro. (¡Oh! ¡si él supiera!....) Mas no partas sin bendecirme..... Tu bendicion me hará mucho bien.

LOP.—Sí, hija del alma; con todo gusto. (*Poniéndole una mano sobre la cabeza.*) ¡Que el Supremo Hacedor de las criaturas derrame sobre tí sus bendiciones: que aleje de tí los sinsabores que amargan la existencia: que te liberte de todo peligro, y que haga que en medio de las tormentas de la vida, se conserven ilesas tu virtud y tu inocencia!.... Ahora un abrazo, y hasta luego. (*La abraza.*)

ISABEL (*sollozando.*) ¡Ah, padre mio! ¡Adios!....

LOP.—No, no: ¿adios, por qué? Hasta muy pronto. (*Separándola con delicadeza.*) Vamos; quédate aquí. Tu madre me acompañará un momento más, pues todavía tengo algo que decirle. (*Se aleja con Catarina.*)

ISABEL (*corriendo á abrazarle nuevamente.*) —Otro abrazo, padre mio.

(Lopouloff la abraza, permanece un momento à su lado, y despues, haciendo un esfuerzo, se desprende de sus brazos y se va precipitadamente por la izquierda, seguido de Catarina.—Isabel vacila un instante; intenta seguirle, y por fin se deja caer en un banco rústico que habrá en medio de la escena.)

ESCENA VII.

ISABEL.

..... ¡Dios mio! ¡Quién sabe si le volveré á ver!.... ¡Oh! sí; sí lo veré, y entónces mi placer

será mayor, porque le veré contento y dichoso. Y á mí, á mí sola deberá su felicidad.... El cielo no puede abandonarme, cuando el paso que voy á dar es dictado por el más puro cariño filial.... Sin embargo, tal vez no obro bien ocultando á mis padres mis proyectos; mas, si se los revelara; no, no me dejarian realizarlos; y esta situacion, que está minando los dias de mi pobre padre, se prolongaria indefinidamente... No; valor, y adelante.... Esta es la primera vez que les oculto algo: mas Dios, que lee mi intencion, me lo perdonará.... (*Se queda pensativa.*)

ESCENA VIII.

ISABEL.—CATARINA (que vuelve por la izquierda sin ser vista por Isabel, á quien abraza.)

ISABEL.—¡Ah! (*Al ver á Catarina.*)

CATAR.—Vamos, Isabel, enjuga esas lágrimas; hoy has despertado más tierna que de costumbre. ¿Por qué te desesperas? ¿Acaso has perdido la fe, que tan bien sabes comunicar á tu padre cuando la suya desmaya?

ISABEL.—No, mamá; mi fe es ahora más grande que nunca. Hoy sí creo que mi padre saldrá de este destierro, recobrará sus honores y sus bienes; y logrará además

hacer brillar su inocencia, confundiendo á sus calumniadores.

CATAR.—Pues si lo crees así, ¿por qué es ese llanto?

ISABEL.—¡Ah, mamá! perdóname si te aflijo. ¿Me quieres mucho, verdad?

CATAR.—¿Que si te quiero? (¡Y me hace esa pregunta!) ¿Acaso pienso en otra cosa que en mimarte? ¿Acaso he hecho alguna ocasion asomar una lágrima á tus ojos? ¿Te he reprendido alguna vez? ¿Te he dado un solo motivo de queja?

ISABEL.—¡Oh! no; jamás. Pero.... y si yo te he causado ó te causare algun pesar, ¿me perdonarás?

CATAR.—¿Tú; tú causarme pesares? ¿Qué estás diciendo?

ISABEL.—Sí; tal vez sin quererlo; sin intencion.... Díme, díme que me perdonas....

CATAR.—Vaya: lo que dije; estás hoy sentimental. Pues bien, sí; te perdono cuanto me hayas hecho y puedas hacerme. No hay madre que no perdone á sus hijos por criminales que sean. ¿Qué no haré yo contigo, hija mia; contigo que eres un ángel de bondad?

ISABEL.—¡Oh! ¡gracias! ¿Y me bendices tambien? Papá me ha bendecido....

CATAR. —Si las bendiciones de una madre pueden hacer la dicha de los hijos, nadie será más dichosa que tú, hija mia.

ISABEL.—¡Oh! Ahora sí estoy contenta. Ya recobré mi energía y mi valor. ¿Ves cómo no lloro? (*Enjugándose las lágrimas.*)

CATAR. —Pues vamos por allá dentro..... En este sitio el frio se hace sentir muy vivamente. (*Entran.*)

ESCENA IX.

EL BARQUERO (que entra por la izquierda.)

Vamos á ver si ya se levantó la señorita, para darle los buenos dias, ántes de ir á buscar mi barca y empezar las fatigas cotidianas. Es tan amable, tan caritativa; y sobre todo, quiere tanto á mi Wladimiro, que si algun dia no la viese, me pareceria que no habia comido. ¡Deben ser tan felices sus padres teniendo una hija así!... Y sin embargo, están tristes..... Ya se ve: extrañan su país. Si á mí me llevaran á esas grandes y hermosas ciudades que dicen que hay muy léjos de aquí, es seguro que me moria de tristeza; porque no veria allí, ni mi barca, ni mi cabaña, ni este rio, ni esos bosques, ni esas masas de hielo á que estoy tan habituado. Si aquí hace

frío, allá, dicen, que se muere uno de calor..... No, no; es preferible que maten á uno y no que le obliguen á vivir contra su voluntad léjos de su país..... (*Viendo hácia la casa.*) Es seguro que ya todos se levantaron, porque la puerta de la casa está abierta; pero tal vez no seria conveniente que yo entrara..... Pueden estar ocupados.... (*)—(Cantaré la cancion del ruiseñor, que tanto gusta á la señorita.... tal vez al oirla, saldrá á hablarme.

(Canta la siguiente cancion con un aire melancólico y en tono menor, como la mayor parte de los cantos populares rusos.)

¡Oh dulce pajarillo,
Encanto de los bosques!
Díme, ¿dónde te ocultas?
Díme, ¿dónde te escondes?
¿Por qué ya no se escuchan
Como ántes tus canciones?
¿Por qué dejas el nido
Do pasabas la noche?
Tal vez con tus gorjeos
Arrullas á quien te oye;
Miéntras aquí yo, triste,
Sin reposo y sin goces,
Solo espero del cielo
Que la muerte me otorgue,
O me vuelva al ingrato
Que la dicha robóme.

(*) Todo lo comprendido entre los paréntesis, puede suprimirse en la representacion.

Si vas á dar tus quejas
A lejanas regiones,
¡Oh, ruiseñor! y encuentras
En tu camino al hombre
Que pérfido me olvida;
Díle, sí, díle entónces,
Que ha causado mi muerte
Haciendo que le adore,
Porque su amor grabado
Como en un duro bronce,
Martiriza este pecho
Sujeto á sus rigores.)—

ESCENA X.

EL BARQUERO É ISABEL.

BARQ. —¡Ah! Ahí viene.... ¡Qué pálida está!

ISABEL.—Buenos días, Pedro. Tú siempre fiel á tus costumbres.

BARQ.—¡Oh, señorita! primero la alondra abandonará el nido en que reposan sus polluelos; el chaica cesará de lanzar al viento su triste gemido, y los campos dejarán de cubrirse de nieve en el invierno, que yo pierda la costumbre de venir á saludaros ántes de ir á mi trabajo. Ya esto es una necesidad para mí, y solo la dejaré, contra mi voluntad, el dia en que me muera.... Pero vuestros ojos están enrojecidos. ¿Acaso habeis llorado?

ISABEL. —¡Oh! no es nada..... ¿Y Wladímiro?

BARQ. —¡Está tan bueno! Ya casi sabe de memoria la oracion en que le enseño cómo ha de pedir á Dios por vos y por vuestros padres. Aprendió á pronunciar vuestro nombre ántes que el mio....

ISABEL. —Gracias, gracias. Aquí traje para él este vestidito. (*Dándoselo.*)

BARQ. —¡Veis, señorita, qué buena sois! ¡Quién no os ha de querer! ¡Todos los que os conocen están colmados de vuestros beneficios! ¡Ojalá y mi pobre hijo llegara á parecerse á vos algun dia!

ISABEL. —¿Y por qué no? Tú tienes buenos sentimientos, y sabrás inspirárselos, como mis buenos padres me han comunicado los suyos.

BARQ. —¡Y qué felices son teniendo una hija como vos!

ISABEL. —Pues no; no lo son tanto. Mira: tengo ahora una idea en que me vas á ayudar, y que puede hacernos dichosos á todos... ¿quieres?

BARQ. —¡Oh! con el mayor gusto.

ISABEL (*titubeando.*)—Pues..... necesito ir á Tobolsk para obtener que se levante el destierro á mi padre.

BARQ. —¡Cómo! ¡Pero si dicen que Tobolsk está muy léjos de aquí!

ISABEL. —No importa: necesito ir, y ha de ser ahora mismo.

BARQ. (*con decision.*)—Y bien; yo os acompañaré.

ISABEL. —Imposible.... ¿Y tu hijo?

BARQ. —Es verdad.... Lo llevaré.

ISABEL. —No, no puede ser: es muy pequeño. Además, para que logre mis designios debo ir sola.... Lo que quiero es, simplemente, que me hagas pasar el Obi en tu barca, y que á nadie, ¿entiendes? á nadie hables una palabra acerca de mi partida ántes que se verifique, pues de lo contrario, todo se echaria á perder.... Yo volveré pronto.

BARQ. —Y bien, me callaré, puesto que así lo deseais. Pero el rio comienza ya á helarse en varios puntos.... Tal vez no podamos pasar.

ISABEL. —Por eso debemos apresurarnos, ántes que el hielo se extienda. Tú buscarás el paso.

BARQ. —Bueno, bueno; voy á prevenirlo todo... (*Volviéndose.*) Pero, ¿qué recursos llevaréis para el viaje?

ISABEL. —Aquí tengo algunos víveres..... Dios proveerá á lo demás.

BARQ. (*vacilando.*)—Mirad, señorita: ayer tuve

un buen dia: gané dos rublos... ¿Quereis aceptar uno?.... Me lo pagaréis á la vuelta....

ISABEL. —¡Oh! Si no te hace falta, lo acepto, y lo agradezco con toda el alma.

BARQ. —¡Qué buena sois! No, no me hace falta: ántes me haceis un servicio aceptándolo.

ISABEL. —Gracias, mi buen Pedro.... Mas ve luego á disponerlo todo.

BARQ. —Voy.... Os espero con mi barca, junto á mi cabaña, á la orilla del rio. (*Se va.*)

ISABEL. —Bien; no tardaré.

ESCENA XI.

ISABEL.

Ya sabia yo que al fin habia de acceder.... El cielo favorece mis proyectos, pues me ha permitido ocultar la emocion que experimento.... Me siento con fuerzas para consumar mi proyecto.... ¡Tú, Vírgen pura; tú que me contemplas desde el cielo, acompáñame, protégeme, y consuela á mis padres en su soledad!.... Pondré la carta en este banco.... Aquí la verá desde luego. (*La pone.*) ¡Pobre madre mia!... ¡Cuán grande va á ser su dolor!.... Pero es necesario, es forzoso que yo parta.... ¡Perdon, perdon, ma-

dre amada! ¡Dios te dará fuerzas para soportar mi ausencia, y á mí valor para vivir léjos de tí, miéntras llega la hora de reunirnos!... Vamos... (*Da algunos pasos, y se detiene ya próxima á desaparecer.*) ¡Adios, pobre casa, en que he pasado mis primeros años! Si la suerte quiere que no vuelva á pisar estos lugares, jamás te olvidaré... ¡Adios, madre querida!... ¡Padre.... adios!.... (*Sale rápidamente.*)

ESCENA XII.

CATARINA (desde adentro.)

¡Isabel! ¡Isabel! ¿Dónde estás?.... (*Sale*)...... No está aquí.... ¡Dios mio!... ¡Tengo miedo!... ¿Dónde está mi hija?.. ¡Una carta!.. ¡Su letra!.. ¡Cielos! ¿Qué es esto?.... (*Lee con voz trémula.*) «*Madre adorada.... Perdona el dolor que voy á causarte... Párto...*—¡Oh Dios mio! ¡Ha partido! No, no; no puede ser.... ¿adónde?... «*párto porque tengo fe en conseguir del emperador... el perdon de mi padre. Consuélale; consuélate tú miéntras vuelvo, y no niegues tus bendiciones á....* (*Con un grito del alma.*) ¡Ha partido!.... No, no; tal vez sea tiempo.... Voy á detenerla..... (*Al dar la vuelta para correr, pasa la barca á lo léjos, conduciendo á Isabel y al*

barquero: desaparece detrás de la casa con rapidez. Se supone que Catarina sigue viendo lo que ocurre fuera de la escena, hácia la derecha.) ¡Ella! ¡Ella es!.... ¡Va con Pedro en una barca!.... ¡Isabel!... ¡Isabel!... ¡Hija mia!... ¡Detente!.. (*Con desesperacion.*) ¡No me oye!... ¡Dios mio!... ¡Dejan la barca y suben sobre un témpano!.. ¡El témpano vacila!.. (*Con un grito desgarrador.*) ¡Ah! se ha hundido!... ¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!.... ¡Hija!.... ¡Hija del alma!!...

(Cae sin sentido en la mitad del foro.—Telon rápido.)

FIN DEL PRIMER CUADRO.

CUADRO SEGUNDO.

LA PROTECTORA.

Campo cerca de Kazan en la ribera oriental del Volga, en Rusia. La mitad de la escena está ocupada por una cabaña de pobre apariencia, cuya primera pieza está visible. Puertas que dan, una al campo y otra á las piezas interiores de la choza.

PERSONAJES.

ISABEL.—LA CONDESA DE SUWAROW.—ESTANISLAO (su hijo).—ANA.—ALEJO KONOWSKY.—DENNILOFF.—UN OFICIAL Y DOS GENDARMES.

ESCENA I.

LA CONDESA en la cabaña, sentada junto á un hogar.

Ya tardan demasiado Estanislao y Alejo. Me parece que para arreglar con un herrero la ligera compostura que necesitaba el carruaje, han tenido sobrado tiempo. ¡Qué desgracia! Habérsele roto el eje, cuando nos precisaba tanto llegar pronto á Petersburgo! Por fortuna que ninguno de los que íbamos quedó lastimado, y solo tuvimos que sufrir el susto..... Ya viene ahí esa buena mujer.

ESCENA II.

LA CONDESA Y ANA.

ANA.—Tomad, señora, tomad esta taza de leche caliente, que sin duda os fortalecerá.

CONDESA—Gracias: la acepto para mostraros lo que agradezco vuestra benévola hospitalidad; por lo demás, me siento ya fuerte y capaz de continuar mi viaje. El miedo que tuve al quebrarse el coche, solo duró un momento.... ¿Y me habeis dicho que vivís aquí con vuestro esposo? ¿Sin duda seréis muy felices?

ANA.—¡Ah, señora! Hace seis años éramos dichosos hasta no poder más. Esta tierra pertenecia á la corona, y S. M. el emperador Alejandro nos emancipó de la servidumbre, como sabeis que lo hizo con todos sus colonos, aunque dejándonos la obligacion de pagar el arrendamiento de la tierra que cultivamos; pero desde que ésta pasó al señor Denniloff, por cesion que le hizo el *Czar*, y, sobre todo, desde que él vino á establecerse aquí, ¡oh! hemos sufrido mucho!

CONDESA—¿Conque aquí habita Denniloff?

ANA.—Vive en un palacio en las afueras de Kazan.

CONDESA—¡Infame!

ANA.—¡Ah! ¿le conoceis? Pero hablad más bajo: ¡si os oyera!... ¡Es tan vengativo!

CONDESA—No temais.... Sí, le conozco bien.... pero continuad; me interesa vuestra narracion.

ANA.—Pues bien: apénas se hizo dueño de esta tierra, cuando dijo que pagábamos una renta muy reducida; y en vez de dos mil kopecks, que era ántes su importe, nos hizo pagarle treinta y seis rublos anuales. Desde entónces vamos cayendo cada dia más en la miseria, aunque mi marido se afana, y hasta enferma con tanto trabajar. El año anterior, una fuerte avenida del Volga, engrosado por el hielo derretido, ¡porque la helada fué como nunca! inundó la mayor parte de los campos, y no pudimos tener cosecha ni pagar la renta. El señor Denniloff, despues de dirigirnos los más duros reproches, llamándonos holgazanes, y no sé cuántas cosas más, nos amenazó con quitarnos la tierra de cuyos frutos vivimos... Si llega á cumplir su terrible amenaza, no nos que-

dará otra esperanza que la muerte. (*Llorando.*)

CONDESA—Vamos, no os aflijais, buena mujer; tomad este bolsillo, que contiene en oro lo suficiente para que pagueis tres años de renta.

ANA (*con dignidad.*)—¡Oh! no, señora, lo agradezco con toda el alma; pero no puedo aceptar tan generosa oferta.

CONDESA—¡Cómo! ¿por qué?

ANA.—Si no os hubiéseis refugiado en mi humilde cabaña, tal vez aceptaria ese dinero, como un préstamo que procurariamos devolveros cambiando la situacion; pero cuando un accidente deplorable os ha traido bajo este techo, no puedo, no debo aceptar ese ofrecimiento: pareceria que os hacia pagar la pobre hospitalidad que de tan buena voluntad os ofrecí.... ¡No, no! Dios me castigaria.

CONDESA (*conmovida.*)—Pero si aquí no se trata de pago.... nada me habeis pedido: yo soy quien, para probaros mi simpatía, os quiero hacer ese pequeño obsequio.

ANA.—No; imposible..... ¿Qué diria mi marido cuando lo supiera? Perdonadme, señora, si rehuso: hay infelices más po-

bres que nosotros, y creeria robarles tomando ese oro, que en vuestras manos puede volverles la felicidad: nosotros tenemos todavía algun recurso. Dios no nos ha de abandonar, y quizás con la paciencia y el trabajo alcanzarémos tiempos mejores.

Condesa (*guardando el bolsillo.*)—Y bien, no insisto más; pero me habeis causado un pesar positivo.

Ana.—¡Oh! de nuevo os pido que me perdoneis: ¿no os habeis enojado conmigo, es verdad?

Condesa (*enjugándose los ojos disimuladamente.*)—No, enojarme, no; al contrario... Pero ¿qué hará mi hijo?... ¿le habrá sucedido algo? ¿Hay tal vez ladrones por estos rumbos?

Ana.—Hace pocos dias se hablaba de una banda de foragidos, que, segun dicen, se ocultan en un bosque de las inmediaciones; mas no creo que hagan sus fechorías durante el dia, y ménos tan cerca de la ciudad: Además, la herrería está muy inmediata: no hay de aquí allá ni média wersta; no deben tardar... (*voces dentro.*) Si no me engaño, ahí vienen.

Condesa—Sí, sí; me parece oir la voz de Alejo...

ESCENA III.

DICHAS.—ISABEL.—ALEJO Y ESTANISLAO.

(Aparecen por la parte exterior de la casa, Estanislao y Alejo, conduciendo en los brazos con mucha precaucion á Isabel, que está desmayada: Estanislao en traje elegante de camino, y Alejo con traje y maneras de soldado veterano.)

ALEJO (*afuera.*)—Uff.... hace un frio de todos los diablos. ¡Voto á cien cosacos! ni en Borodino me encontré tan apurado.

ESTAN. —¿Y por qué?

ALEJO. —Porque es mejor llevar á cuestas diez mochilas y veinte fusiles, y no estas cargas delicadas que pueden lastimarse.

ANA (*desde la puerta.*)—¡Ah, señora! ¡no vienen solos!

CONDESA—Son ellos, ¿verdad?

ESTAN. (*entrando.*)—Sí, madre mia; y traemos á esta pobre jóven.

CONDESA—¡Una mujer muerta!

ESTAN. —No, solo está desmayada.

ANA. —¡Pobrecita! colocadla en estas sillas, cerca del fuego. (*Colocando unas sillas junto á la estufa.*)

ALEJO. —¿Hay fuego? me alegro por ella y por mí: un baño en este tiempo no es de lo más agradable.

CONDESA—Aquí, aquí, en mis brazos. (*La colocan con la cabeza apoyada en los brazos de la Condesa, y todos la rodean.*) ¡Oh! ¡y es muy bella!

ALEJO. —¡Ya lo creo! ¡Si se parece á la Vírgen de mi pueblo!... ¡Pues no la habia mirado!

CONDESA—Aquí tengo, por fortuna, mi pomo de sales.... (*se las hace aspirar.*) Su corazon palpita....: ya se mueve.... Pero ¿en dónde la habeis encontrado?

ESTAN. —Veniamos por la orilla del rio, despues de haber arreglado lo del carruaje, cuando vimos á lo léjos á esta jóven en medio de unos tres hombres de horrible aspecto, que creo le querian hacer mal. De repente ella se arrojó al rio, y miéntras yo corrí tras de los bandidos, que desaparecieron en el bosque, Alejo se habia arrojado al agua y la habia salvado. Todo fué instantáneo; así es que ella, que más bien se privó por el susto, abrió un momento despues los ojos, y al vernos los volvió á cerrar con espanto.

CONDESA—¡Pobre niña!

ANA. —Voy á traerle un poco de vino caliente para que lo tome cuando vuelva en sí. (*Entra.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS ANA.

ALEJO. —¡Voto á cien cosacos! ¡Ya abrió los ojos!.... (*cortado al fijarse en que está presente la Condesa, y llevándose la mano derecha á la gorra.*) Digo.... Es decir..... Con perdon de mi generala......

ESTAN. —¡Sí, sí! ¡los abrió!

CONDESA—Niña, volved en vos.... estais entre amigos....

ISABEL (*con timidez y levantándose como para huir.*)—¡Pero, no me mateis!... ¡no os he hecho nada!.... ¡Soy una pobre jóven!....

CONDESA (*acariciándola.*)— No temais, pobre niña; nadie os hará mal.

ALEJO. —¡Qué diablo! ¡si álguien os tocara la punta de un cabello, ya tendria que habérselas con el sargento Konowsky.... (*Atusándose el bigote.*)

ISABEL (*viendo para todos lados.*)—Pues ¿adónde estoy?.... ¡Ah! ¡los bandidos!....

CONDESA—No, no; los bandidos huyeron.... aquí

solo estamos nosotros, que os queremos mucho.

ISABEL (*abrazándola.*) ¡Ah! gracias, señora... No sé quién sois; pero ya no tengo miedo.... pareceis ser muy buena....

CONDESA—No soy buena; pero sí me intereso por vos. (*A Estanislao y Alejo.*) Entrad por allá un momento; quizás tenga algun secreto que confiarme.

ESTAN.—Pero, madre mia, yo quisiera saber....

CONDESA—Os lo diré despues, si ella me lo dice y puedo revelarlo.

ALEJO (*con resignacion.*)—Entrémos.... Es la consigna. (*Cuando van á entrar sale Ana con el vino.*)

ESCENA V.

DICHOS Y ANA.

ANA. —¡Ay qué gusto!... ¡ya volvió en sí!... Aquí está el vino.

CONDESA (*á Isabel.*)—Tomad, hija mia; esto os hará bien. (*A los demás.*) Hacedme el favor de retiraros unos instantes: despues os llamaré.

ALEJO. —Vamos, vamos; cuando el gefe manda, los soldados obedecen. (*A Ana.*) Con

vuestro permiso, patroncita.... (*Entran los tres en las piezas interiores de la casa.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA É ISABEL.

CONDESA—¿Cómo os sentís, hija mia?

ISABEL. —¡Oh! muy bien: ya casi no tiemblo. Ese fuego, y sobre todo, vuestra generosa acogida, han reparado mis perdidas fuerzas.... ¡Tuve tanto miedo!

CONDESA—Pues bien, ahora que estamos solas, decidme, si no es un secreto, qué razon tuvísteis para haberos arrojado hace poco al rio, con grave peligro de vuestra existencia?

ISABEL. —¡Ah, señora! figuraos que iba siguiendo la orilla del Volga en busca de una barca que me condujera á la otra ribera, cuando de repente salieron del bosque unos hombres que me causaron grande espanto. Me pidieron el dinero que llevara: les quise dar unos cuantos kopecks que formaban todo mi caudal; pero el que parecia gefe de ellos, en vez de tomarlos, dijo despues de mirarme con

una fijeza que me hizo estremecer: «Es mejor que vengas con nosotros: nos servirás de compañía.» Iba ya á tomarme entre sus brazos, cuando yo, llena de terror y sin reflexionar en lo que hacia, me precipité al agua, encomendándome á Dios y pensando en mis buenos padres. Despues no supe lo que pasó; sentí en la cabeza un peso terrible, y creo que me privé.

CONDESA—Pero habeis hablado de vuestros padres: ya que los teneis, ¿cómo es que os dejan salir sola por esos caminos?

ISABEL. —¡Ah, señora! esa es una historia muy larga, y tal vez no tendríais paciencia para escucharla.

CONDESA (*vivamente.*)—¡Oh! sí, sí: ya os dije que me intereso mucho en todo lo que os concierne: hablad, hablad; os escucho.

ISABEL. —Entónces voy á complaceros, y procuraré ser concisa.... Me llamo Isabel Lopouloff....

CONDESA—¿Lopouloff?.... yo conozco ese nombre....

ISABEL. —No es extraño.... Pareceis ser de la corte, y mi padre ocupó un buen lugar en la del emperador Alejandro. En el

ejército llegó á alcanzar el grado de coronel; pero un favorito del *Czar*, envidioso de la dicha que disfrutaba mi padre al lado de su esposa, que era bella y llena de virtudes, lo denunció como conspirador, y....

CONDESA—Esperad.... Ese favorito ¿no se llamaba Denniloff?

ISABEL. —Sí, sí: ¿le conoceis?

CONDESA—Mucho, por mi desgracia.... es un infame.... El *Czar* entónces, sin más averiguaciones, desterró á vuestro padre á la Siberia.... Sí, sí, ya me acuerdo.... Mi esposo era amigo y compañero de vuestro padre: intentó varias veces hablar en su favor, y probar su inocencia; pero no fué atendido, y poco tiempo despues murió en la batalla de Lutzen, perdiendo así Lopouloff el único amigo sincero que tenia en la corte. Pero seguid, seguid; deseo saber lo demás.

ISABEL. —Pues bien: mi padre partió á Tomks con mi madre y conmigo, que era entónces muy pequeña. Catorce años vivimos en ese triste país; pero viendo yo que la vida de mi padre se iba debilitando por el pesar y los trabajos, me propuse ir á la capital para pedir su perdon.

Les hablé de mi proyecto; y despues, temiendo que nunca accedieran á mis deseos, me salí de casa hace dos años, y despues de sufrir mil trabajos y contrariedades, he llegado por fin hasta aquí, faltándome nada más una tercera parte de camino para llegar al término de mi viaje.

CONDESA *(muy sorprendida.)*—¡Cómo! ¿Vos? ¡Es imposible! ¿Habeis andado sola dos mil quinientas werstas? ¡Y por este país!

ISABEL.—No, no venia sola: me acompañaban, Dios, el recuerdo de mis padres, y el deseo de volverles la felicidad....

CONDESA *(abrazándola y llorando.)*—¡Oh! Pero eso es heróico.... No.... no he visto cosa igual!.... Mas ¿con qué recursos habeis emprendido un viaje tan largo? ¿Cómo habeis arrostrado tantos peligros?

ISABEL.—El cielo no me ha abandonado hasta ahora, y confio en que seguirá protegiéndome. No en vano puse en él toda mi esperanza. Desde que salí tuve que experimentar mil contrariedades. Al pasar el rio Olui, que corre junto á la casa que habitábamos, las aguas comenzaban á congelarse. Ya casi al tocar la ribera opuesta, la barca que me conducia chocó

contra una enorme masa de hielo, y no pudo pasar adelante. Decidida yo á seguir á toda costa mi propósito, subí sobre el hielo, siguiéndome el barquero, un buen hombre que me acompañaba y me tenia gran cariño. El témpano, que apénas empezaba á formarse, no pudo soportar nuestro peso y se hundió con nosotros; mas el barquero, excelente nadador, me tomó en sus brazos y me sacó sana y salva á la ribera. Este accidente, del que salí tan bien librada, en lugar de acobardarme, hizo crecer mi fe y mi resolucion, pues veía que el cielo favorecia mis designios. Desde entónces, Dios me ha salvado de todos los riesgos que he experimentado, y cada vez abrigo ménos temor por el éxito de mi empresa. Una ocasion, me salieron en un bosque, como ahora, unos ladrones, preguntándome lo que allí hacia: les dije que iba á San Petersburgo para pedir el perdon de mi padre. Ellos, compadecidos, en vez de hacerme mal, y léjos de aceptar las pobres monedas que les ofrecia, me dieron parte de sus provisiones, y además diez rublos para que continuara mi camino. Otra vez, me ví rodeada de unos

perros feroces. Quise defenderme con mi baston; pero eran muchos, y me habrian hecho pedazos, sin un buen aldeano que acertó á pasar, y que despues de dispersarlos, me acompañó un buen trecho del camino. Otro dia, habiéndome extraviado, tuve necesidad de pasar la noche en medio de una horrible selva, refugiada bajo una vieja encina. Desde allí comencé á oír á mi alrededor el rugido de las fieras que se ocultaban entre las zarzas y los árboles. Llena de terror, me encomendé á Dios, temiendo que de un momento á otro olfatearan el lugar en que me habia refugiado, y salieran de sus guaridas para devorarme. De repente ese temor se cambió en otro, quizá más terrible para mí. Se desató súbitamente un espantoso huracan; el viento silbaba entre el follaje, produciendo un sonido tan lúgubre, que la sangre se helaba en mis venas. Las fieras cesaron de rugir, y espantadas por la tempestad que se aproximaba, corrieron, sin duda, á buscar abrigo en las cavernas. Muy pronto sucedió al furioso huracan el estampido del trueno y el ligero resplandor del relámpago. Los rayos se multiplicaban aquí y allá,

amenazando incendiar el bosque entero. Pocos árboles dejaron de ser heridos por su terrible fuego. Yo, sobrecogida de espanto y á la vez de admiracion, esperaba, casi resignada, el rayo que debia poner fin á mi existencia. Pero el árbol que me resguardaba, parecia poseer un misterioso talisman que hacia alejar de sí los desastrosos efectos de la tormenta. Por fin se calmó el furor de los cielos, cesó el bramar del trueno y el centellear del relámpago; las nubes se abrieron por todas partes y comenzaron á descargar á torrentes la lluvia.... Al amanecer, cuando la naturaleza recobró por completo su calma, yo, empapada hasta la medula de los huesos, y horrorizada al ver el cuadro de devastacion que me rodeaba, al contemplar aquellos robles seculares con sus ramas desgajadas y sus troncos hendidos y devorados por el fuego, apénas tuve fuerzas para arrastrarme hasta una cabaña inmediata, en la que fuí acogida con suma benevolencia, y en donde permanecí enferma más de quince dias. Perdonad, señora, si me he detenido al describiros este episodio de mi viaje; pero una tempestad, tal como entónces

la ví, os lo aseguro, es á la vez tan hermosa é imponente, que ha dejado y dejará en mi alma un recuerdo imperecedero.

CONDESA—No, no; proseguid. No podeis figuraros el interes con que escucho esa historia llena de heroismo.... ¿Y no desmayábais al sufrir tanto tropiezo?

ISABEL. —¿Cómo habia de desmayar, si veía que con el auxilio de la Providencia, los salvaba todos? Al contrario, mi ardor crecia; digo mal, crece más cada dia....

CONDESA—¿Y vuestros padres? ¿Cómo tuvísteis valor para dejarlos? ¿No pensábais en la afliccion que les iba á causar vuestra partida?

ISABEL. —Esa consideracion me detuvo durante mucho tiempo; pero al fin pensé, que si yo tenia valor para soportar su ausencia, ellos tambien se resignarian con la esperanza de mi feliz regreso. Tres meses despues de mi salida de Tomks, tuve la fortuna de recibir noticias suyas por conducto de un viajero. El barquero que me acompañó en el paso del Obi, les refirió mi primer riesgo. Mi padre tuvo un gran pesar, y mi pobre madre estuvo unos dias enferma; pero por fin

habian llegado á resignarse; participaban ya de mi confianza, y no pasaba dia sin que me dirigieran sus bendiciones.

CONDESA—Bien, bien. Mas seguid refiriéndome vuestras aventuras.

ISABEL. —Señora, os cansaria. Baste deciros que he hallado en mi camino mayor número de personas honradas que de malvados, y que muchas veces los buenos me han libertado de los malos.

CONDESA—¿Y recursos? Nada me habeis dicho de los recursos con que emprendísteis el viaje....

ISABEL. —No llevé más de un rublo que me dió un buen hombre.... el barquero de quien ántes os hablé; pero me he encontrado con gente muy caritativa y hospitalaria. En los lugares en donde tenia que detenerme, procuraba pagar el pan y alojamiento que me concedian, ayudando en la costura y en otras faenas á los buenos aldeanos que me abrigaban. Nunca he visto tan palpables como ahora las ventajas de la buena educacion que, en medio de un destierro, supieron inculcarme mis padres. Además de que me proporcionaba la ocasion de ser útil á mis semejantes, me originaba grandes ventajas

y me atraia las consideraciones y casi los respetos de esas sencillas gentes, que, á pesar de mi pobre traje y de verme sola, me trataban con todo miramiento, comprendiendo tal vez que pertenecia á una buena familia. Es verdad que algunos, cuando sabian el objeto que me conducia, ó les preguntaba por el camino que debia seguir para llegar á San Petersburgo, se echaban á reir y me tomaban por loca; pero otros, al contrario, más compasivos, lloraban conmigo, me daban algunos cortos auxilios, y aun solian acompañarme de una á otra aldea.

CONDESA—¿Y sabeis que todo eso que habeis hecho y que con tanta sencillez me habeis referido, es heróico, es sublime? ¿Sabeis que á no estar viendo retratados en vuestros ojos el candor y la inocencia, creeria que esa historia habia sido inventada por vos con algun fin oculto?

ISABEL *(con viveza.)*—¡Oh, no, señora! yo no sé mentir. Os juro que he dicho la verdad; y si he hablado de ello, fué solo porque me habeis preguntado.

CONDESA *(abrazándola con ternura.)*—Os creo, hija mia; os creo y os he creido. Si usé de esas palabras que os hirieron, fué úni-

camente para expresaros mi admiracion. Sois una hija noble y virtuosa.... Sois la jóven más digna y valerosa que he conocido.

ISABEL.—¡Qué decís! ¿Por ventura he hecho otra cosa que cumplir con mi deber? ¿Cuál es la hija que en igual caso no haria por sus padres más de lo que yo intento hacer?

CONDESA—Tal vez ninguna haria tanto como vos; pero el cielo premiará vuestros afanes, no lo dudeis.... (Ahora más que nunca me precisa llegar pronto á la corte.) *(Llamando.)* Estanislao; Alejo.

ESCENA VII.

DICHAS, ESTANISLAO Y ALEJO.

ESTAN.—¿Llamábais, madre mia?

ALEJO *(cuadrándose, lo que hará siempre que hable á la Condesa.)*—A la órden, mi generala.

CONDESA—¿Dijísteis que el carruaje está listo?

ALEJO *(avanzando marcialmente.)*—En la entrada del camino, aquí cerca, espera á mi generala, junto con los criados y los caballos.... Digo.... es decir, que ellos

son los que esperan, ménos mi viejo Babieca, que está aquí amarrado en el portal.

CONDESA—Bien; vamos á partir inmediatamente. (*A Isabel.*) Vos nos acompañaréis.

ISABEL (*sorprendida.*)—¡Yo, señora!

CONDESA—Sí. ¿No quereis? Vamos á la corte....

ISABEL. —¡Ah! llegar pronto es mi mayor anhelo.... Pero.... perdonadme si os ofendo: he jurado ir á pié hasta San Petersburgo... Dios me castigaria si faltase á mi juramento.

CONDESA—Mas eso es imposible: es una locura.... (*Reflexionando.*) En fin, quizá tengais razon.... Hacedme favor de entrar allá dentro por unos instantes. Esa buena mujer os dará alguna ropa para que os mudeis, y algun alimento que repare vuestras fuerzas. Entretanto hablaré con mi hijo acerca de lo que debemos hacer.

ISABEL (*inclinándose.*)—Bien, señora.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS ISABEL.

CONDESA—Esa jóven es un ángel.....

ALEJO. —Ya me lo habia figurado. Así debia ser mi Elisa si no hubiera muerto. (*Enju-*

gándose una lágrima con el dorso de la mano.)

CONDESA—Viene á pié desde el fondo de la Siberia....

ESTAN. —¡Desde la Siberia!

ALEJO (*al mismo tiempo y dando un salto.*) ¡Mil truenos! ¿De la Siberia?

CONDESA—Y lo que hay de más admirable es, que ha emprendido ese largo y penoso viaje, sufriendo increibles aventuras, con el solo fin de pedir al *Czar* el perdon de su padre, que está allá injustamente desterrado!...

ESTAN. —¡Oh! ¡qué nobleza!

ALEJO. —¡A que me voy á enternecer!.... Eso se llama ser una buena hija. (*Enjugándose los ojos.*) ¡Por vida del padre Marte! Si nuestro ejército en Smolensko, en vez de soldados hubiese tenido siquiera mil muchachas como esa.... ¡Voto á cien cosacos! no nos hubieran derrotado.

CONDESA (*sonriendo.*)—Habia pensado llevarla con nosotros; pero además de que ella lo rehusa y de que no cabria cómodamente en el carruaje, es necesario dejarla descansar algunos dias, despues del susto y las fatigas que ha experimentado. Así es que he resuelto partir desde luego, y

en la primera posta enviaré un coche para que la conduzca. Tú, Alejo....

ALEJO (*cuadrándose.*)—¿Mi generala?....

CONDESA—Tú te quedarás con ella; la convencerás de que yendo en coche llegará más pronto, y de que Dios le perdonará sin dificultad su perjurio. Si absolutamente rehusa, la acompañarás siempre hasta dejarla sana y salva en mi palacio. (*Para sí.*) (Bien pensado: no me vendrá mal que tarde algo en llegar. Además, así le dejaré á ella sola todo el mérito de su accion.....) Mas.... ¿por qué tuerces el gesto? ¿No te acomoda este encargo?

ALEJO. —Francamente.... mi generala.... ¿Puedo hablar?....

CONDESA—Ya lo creo. Para eso te pregunto.

ALEJO. —Bueno; pues siendo así, voy á decir lo que aquí tengo (*señalándose el corazon*), porque si no, reviento.....

CONDESA—Vamos, dilo de una vez.

ALEJO (*titubeando.*) Vuecencia está sin duda... cansada de mis servicios, y..... quiere darme mi licencia.... absoluta.

CONDESA—Eres perspicaz. ¿Y en qué lo has conocido?

ALEJO. —Mi generala.... Yo no sé fingir. ¡Voto á todos los diablos!...Hablo con el debido

respeto.... Hace catorce años..... tal dia como..... de aquí á dos meses, que esos maldecidos franceses, ¡mil bombas los despedacen! mataron á mi general Suwarow. Desde entónces, quedé yo en asamblea, y dejando, contra mi voluntad, el servicio activo, entré al semi-civil..... digo.... es decir, que me pasé á militar á vuestras banderas. En catorce años hay lugar para acostumbrarse uno.... digo.... es decir; y como yo en ese tiempo no me he separado de vos.... digo.... de vuecencia... ¡mil bombas me aplasten!.... si me dais de baja.... por vida del padre Marte, me moriré como un perro....

CONDESA (*Enjugándose una lágrima.*)—Vamos, mi buen Alejo. Si aquí no se trata de darte de baja. Al contrario; quiero utilizar tus servicios de un modo provechoso, encomendándote el cuidado de esa pobre jóven por quien me intereso cual si fuera mi hija.

ALEJO. —Pues ¿por qué no la llevamos de una vez?

CONDESA—Porque no es posible. Pero ella te simpatizaba. ¿Por qué es esa oposicion?

ALEJO. —Porque una cosa es.... y otra..... En fin, yo me entiendo.....

CONDESA (*con autoridad.*)—Pues, no más discusiones y obedece. Tú quedas responsable de esa niña.

ALEJO (*cuadrándose.*)—Está bien, mi generala. (*Con resignacion.*)

CONDESA—No puedo prolongar por más tiempo mi permanencia aquí. He venido solamente á visitar una de mis propiedades, y me he detenido más de lo que deseaba. Tú te despedirás en mi nombre de esa niña, lo mismo que de la pobre mujer que nos ha alojado, á quien obligarás además á aceptar este bolsillo, que contiene doce imperiales. En este otro hay recursos suficientes para tí y para mi protegida. Con esta órden, si la presentas, te prestarán auxilio todas las autoridades. (*Le da un papel.*) Desde que llegue á la primera posta te enviaré por escrito mis instrucciones, y todas las seguirás al pié de la letra. Entretanto, obedecerás á esa jóven como si fuese yo misma.

ALEJO.—Muy bien, mi generala....

ESTAN. (*que ha estado muy pensativo.*) Madre mia.... si quisiérais, yo me podria quedar en lugar de Alejo....

CONDESA (*sorprendida.*)—¡Tú!... No, no es po-

sible; tú debes acompañarme... Vamos: adios, Alejo, y cuidado con la consigna.

ALEJO. —La cumpliré, señora.

ESTAN. —Hasta la vista, mi buen Alejo.... (*En voz baja.*) (Cuida mucho á esa jóven.)

ALEJO (*lo ve con sorpresa.*)—Que os guarde Dios, señorito.... (*Se queda triste y pensativo hasta que salen. Se sienta.*)

ESCENA IX.

ALEJO.

¡Y se va! ¡y me deja!... ¡Qué ingratitud! ¡Ese es el mundo! Servid con lealtad durante treinta años, para que despues os abandonen de este modo. ¡Y á mí! ¡á mí, que he asistido á las batallas de Lutzen, de Smolensko, de Borodino y de Moscow! ¡Voto á doscientos mil cosacos! Esto es injusto, ¡es indecoroso! ¡Dejarme al servicio de una muchachuela! ¿Qué sé yo de cuidar muñecas? Y luego.... ¡una paisana! Si fuese al ménos comandanta.... ¡Oh! si no me hubiera acostumbrado tanto á respetar y obedecer las consignas, de fijo que ahora hacia una de *pópulo bárbaro.*

ESCENA X.

ALEJO É ISABEL.

ISABEL (*al salir.*)—¿Ya será tiempo?.... ¡Ah! no, está aquí esa buena señora. (*á Alejo*) ¿Acaso ha partido ya?

ALEJO (*con marcado malhumor y sin mirarla.*)—Sí.

ISABEL.—¡Ah, no sabeis cuánto lo siento!.... Hubiera deseado despedirme de ella, y darle las gracias por sus inmensas bondades; pero al ménos, sí tendré la dicha de expresaros á vos mi reconocimiento: ¡á vos, que habeis sido mi salvador!

ALEJO (*sin volver la cara y aparte.*) (Es verdad, yo la salvé: aunque solo sea por eso, creo que estoy obligado á tenerle algun cariño.)

ISABEL.—¿No me respondeis? ¿acaso queréis ocultarlo? Seria en vano, porque esa buena mujer me lo ha contado todo hace un momento. (*Señalando al interior.*)

ALEJO (*volviéndose bruscamente.*)—Bien: yo os saqué del agua.... ¿Y qué?....

ISABEL (*asustada.*)—¡Ay! ¿estais enfadado con-

migo? Tal vez os he ofendido sin querer....

ALEJO. (¡Por el Grande Alejandro! ¡Y es linda como un ángel!)

ISABEL (*queriendo tomarle una mano.*)—Si es así, perdonadme, porque no tuve intencion..... por el contrario, jamás olvidaré lo que habéis hecho en mi favor.

ALEJO (*retirando la mano.*)—(Me quiere engatusar con sus monerías.)

ISABEL. —¿Nó me respondeis? ¿estais enojado?

ALEJO. —No: ¿enojado?.... ¿por qué?

ISABEL. —Entónces, decidme, ¿esa señora no os dejó dicho algo para mí?

ALEJO. —Sí.... dijó.... que me obedeciérais.... es decir, que yo os.... Digo, que si se os daba la gana de darme algunos consejos, yo los siguiera inmediatamente, y al pié de la letra.

ISABEL. —¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias! En ese caso, os aconsejo que no me querais mal, porque de lo contrario no corresponderíais al vivo cariño que ya os profeso. (*Le toma una mano.*)

ALEJO. —(Pobrecilla! Y bien considerado, ella ¿qué culpa tiene?) (*Enternecido.*) ¡Oh, señorita! yo tambien os quiero, y.... se acabó....

Isabel. —Os lo agradezco en el alma. Mas decidme, vos sois soldado, y tal vez....

Alejo (*retirándose y alzando la voz.*)—¡Soldado! ¡soldado yo! ¿Por quién me tomais? ¡Un militar con ocho cicatrices, una cruz al pecho, diez y seis años de servicio activo y catorce de asamblea! ¡Un militar que concurrió á las batallas de Lutzen, Smolensko, Moscow y Borodino, y tuvo la honra de combatir al lado del emperador Alejandro! No, señora; la patria no paga tan mal los servicios de sus hijos. (*Con importancia.*) Soy sargento: ¿no veis mis insignias?

Isabel. —Dispensadme. Eso quise decir: que vos, que érais militar, podíais tal vez haber conocido á mi padre, que fué coronel en tiempo del emperador Alejandro....

Alejo (*cuadrándose.*)—¡Ah! ¿sois de la clase? Perdonad.... ya eso es otra cosa.... ¿Y cómo se llama vuestro padre, si no es indiscrecion?

Isabel. —El coronel Lopouloff....

Alejo. —¿El coronel Lopouloff?.... ¡el coronel Lopouloff!... ¿Que si le conozco? ¡Rayos y tempestades! Ya lo creo que le conocí: tuve la honra de militar bajo sus órdenes

como simple soldado: á su lado recibí mi bautismo de sangre..... ¿Conque vos sois la hija de mi coronel? En efecto, no sé por qué causa fué desterrado á la Siberia. Permitidme daros un abrazo... (*Se lo da, lanzando al aire su gorra.*) ¡Viva mi coronel Lopouloff!....

ESCENA XI.

DICHOS Y DENNILOFF, que seguido de un oficial y dos gendarmes aparece en la parte exterior de la casa, y llega á tiempo para oír en la puerta las últimas palabras de la escena anterior: ántes de entrar dice á los gendarmes:

DENNIL.—(Esperad aquí, y acudid en el momento que os llame.) (*Entra.*) ¿Quién habla aquí de Lopouloff?

ALEJO (*volviéndose.*)—Yo.... ¿Por ventura le conoceis?

DENNIL.—Mucho: era mi mejor amigo.

ALEJO. —¡Ah! ¿sois amigo de mi coronel? Me alegro. Entónces, sabed que su hija, que es esta señorita que está presente....

DENNIL. (*saludando.*)— ¡Ah! ¡ah! ¡su hija!.... Perdonad..... (En efecto, es el vivo retrato de Catarina.)

ALEJO. —Pues bien: esta jóven valerosa viene desde el fondo de la Siberia, en donde sabréis que está confinado su padre, y

va á San Petersburgo á pedir su perdon. ¿Es eso digno, hé? ¡Qué tal!

DENNIL.—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Conque va á pedir el perdon?.... (No irá miéntras yo viva.) Pero eso es noble y generoso, y ciertamente podeis contar con mis auxilios para tan laudable empresa....

ISABEL. —¡Gracias!.... *(En voz baja á Alejo.)* (Tengo miedo de ese hombre: ¡me mira con una atencion!)...

ALEJO. —¡Já! ¡já! ¡já! Dice que os tiene miedo: ¡já! ¡já! ¡já! No temais, señorita; miéntras yo esté presente, nadie os tocará la punta de un cabello, y ménos este caballero, que es amigo de vuestro padre....

DENNIL.—¡Ah! ¿sois su protector? Por supuesto: decís bien. ¿Quién se atrevería á hacerle mal á ésta interesante criatura? Al contrario, yo, como amigo de su padre, reclamo hoy el honor de alojarla, lo mismo que á vos, en mi palacio, durante el tiempo que permanezcais en Kazan. Os iréis ahora mismo conmigo. Permitidme nada más concluir ántes el asunto que me ha conducido á este lugar. (*Gritando con arrogancia hácia las piezas interiores.*) ¡Ana! ¡Ana!....

ANA. (*desde adentro.*)—¡Señor!

ESCENA XII.

DICHOS Y ANA.

DENNIL. (*con orgullo.*) —¿Por qué no salias pronto?

ANA.—Señor, apénas oí vuestra voz, acudí: estaba preparando el almuerzo de mi esposo, y....

DENNIL.—Basta: no he venido aquí para escuchar discursos. ¿Tienes ya dispuestos los treinta y seis rublos que me debes por la renta del año pasado?

ANA.—¡Ah, señor! compadeceos de nosotros; no hemos podido reunir nada: dadnos, siquiera, dos meses más de plazo....

DENNIL.—Ni dos minutos: no tengo yo tierras para que las disfruten haraganes. Previendo que no habias de pagarme, traje conmigo unos agentes de la autoridad, que van á lanzarte inmediatamente de aquí, y á prender en seguida al bribon de tu marido, quien estará en un lugar seguro hasta que me pague.

ANA (*arrodillándose.*)—¡Ah, señor! tened compasion: llevadme á mí, si queréis;

pero, por piedad, dejad libre á mi esposo....

ALEJO (*sin poder contenerse.*)— ¡Pero esto es infame! ¡Rayos y bombas!.... ¡Ah! ya habia olvidado.... (*Saca el bolsillo que le dió la Condesa.*) Levantaos, señora. (*La levanta, y dice á Denniloff*): ¿Cuánto decís que os debe esta buena mujer?

DENNIL.—Treinta y seis rublos.

ALEJO. —Pagaos y dad lo vuelto. (*Tirando en la mesa cuatro monedas de oro.*)

DENNIL. (*tomando el dinero y guardándolo sin dar lo vuelto, y despues de examinarlo mucho.*)—¡Ah! ¡ah! ¿conque tambien pagais las deudas ajenas? ¿Sois rico, segun eso?

ANA. —¡Ah! ¡gracias, gracias! Me habeis salvado.

ALEJO. Nada teneis que agradecerme: ese dinero es vuestro. La señora Condesa, á quien habeis dado hospitalidad, me dejó para vos este bolsillo. (*Dándoselo.*)

DENNIL. (*á Ana.*)—Es decir que recibís extranjeros aquí sin mi consentimiento. Bueno es saberlo. Por de pronto os advierto que desde el año próximo, me pagaréis cincuenta rublos de renta.

ANA (*suplicando.*)—Pero, señor Denniloff!...

ISABEL (*con espanto y retrocediendo.*)—Él.... él... ¡Denniloff!... el mayor enemigo de mi padre.... el que lo denunció..... ¡Oh, Dios mio! ¡Bien me avisaba el corazon!!!

DENNIL.—¡Já! ¡já! ¡já! Parece que conoces mi nombre y sabes las relaciones que me ligan con tu padre... En ese caso, es inútil fingir: ya comprenderás, que habiéndote visto y sabiendo tu objeto, no te dejaré llegar tan fácilmente á San Petersburgo.

ALEJO (*con aire amenazador.*)—¡Rayos y relámpagos! Sí la dejarás, porque no viene sola; viene conmigo.

DENNIL.—¿Contigo? ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Y quién eres tú?....

ALEJO (*tomándolo por el cuello.*) ¡Miserable!

ANA (*que ha acudido á socorrer á Isabel, próxima á desmayarse.*)—¡Cielos, qué ha hecho!

DENNIL. (*forcejeando.*)—¡A mí! ¡á mí! ¡acudid pronto! (*Entran el oficial y los gendarmes, y Alejo lo suelta.*) Llevad á este hombre preso ante el gobernador: se ha atrevido á poner sobre mí sus manos plebeyas.

ALEJO (*á los gendarmes.*)—¡Atrás, canalla!

OFICIAL.—En nombre de S. M. (*descubriéndose*)

el Emperador, os reduzco á prision. (*Le pone una mano sobre el hombro.*

ALEJO (*reprimiéndose con esfuerzo y tocándose tambien la gorra.*)—Bien: no resisto.... pero, infame, (*á Denniloff*) yo me vengaré de tí. (*Sale en médio de los gendarmes.*)

DENNIL.—¡Já! ¡já! ¡já! No te temo: vas á estar mucho tiempo encerrado en dónde no harás daño.... En cuanto á tí, (*á Isabel*) pobre paloma, has caido en las garras del milano, y no te escaparás.

CUADRO.—Isabel desmayada en los brazos de Ana, cuyo rostro expresa á la vez la angustia y el espanto: Denniloff da algunos pasos desde la puerta hácia el lugar en que se halla Isabel, que es el extremo opuesto de la cabaña: Alejo, en la parte exterior, desaparece con los gendarmes por el fondo, á la izquierda.—Cae el telon.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

EL AMOR FILIAL.

Sala comun en la posada del "Aguila" en Moscow. A la derecha dos puertas marcadas con números, y otras iguales á la izquierda. Otra en el fondo, que se supone ser la de entrada.

PERSONAJES.

ISABEL.—LOPOULOFF.—DENNILOFF.—CATARINA.—ALEJO.—POSADERO.—OFICIAL.—GENDARMES.

ESCENA I.

ISABEL Y ALEJO sentados junto á una mesa en el centro del foro: el segundo tomando cerveza.

ALEJO. (*Bebe.*)—¡Por vida del grande Alejandro!... ¿Por supuesto que sabeis quién era el grande Alejandro?

ISABEL. —Ya lo creo: fué un conquistador famoso, que vivió hace más de dos mil años.

ALEJO. —¡Qué dos mil años! Si no hace cinco que murió.

ISABEL. —Entónces hablas del *Czar* de Rusia. No sabia yo que hubiese tenido ese sobrenombre.

ALEJO. —Yo se lo dí, porque tuvo la honra de combatir á mi lado.... digo.... es decir, que yo fuí quien tuve ese honor.

ISABEL. —¿Y á qué viene ahora el emperador Alejandro?

ALEJO. —¡Ah!.... Debeis saber, en primer lugar, que cuando yo digo: «Por vida del grande Alejandro,» hago mi voto más terrible; y bien os consta que juro muy raras veces.

ISABEL (*sonriendo.*)—¡Oh! sí; muy raras veces.

ALEJO. —¡Voto á cien cosacos! digo.... es decir, no serán muy raras; pero como habeis tenido la amabilidad de acostumbraros, y ya no me vais á la mano, digo mis palabritas casi sin sentir, y....

ISABEL. —Bien, bien; pero yo quiero saber por qué has pronunciado ahora ese terrible juramento.

ALEJO. —Dejadme recordar.... (*Bebe.*) Mas para ello necesito repetir mi voto.... Con vuestro permiso.... ¡Por vida del grande Alejandro!.... ¡Ah! sí, sí.... Ya recordé. ¡Por vida del grande Alejandro, que si ahora tuviera entre mis manos á ese bri-

bon de Denniloff, lo hacia dos mil pedazos!... ¡Rayos y truenos! Cuando pienso que ese miserable estuvo á punto de llevaros á su castillo; que por su causa he faltado á la consigna, es decir, al primer deber del soldado, y que despues de ocho meses de marcha apénas nos hallamos en Moscow....

ISABEL. —Tú te has opuesto á que caminemos adelante, y hemos perdido un tiempo precioso.

ALEJO. —Así debe ser: voy á explicaros la situacion, y convendréis conmigo en que continuar adelante, sin recibir la órden de marcha, es desertar, es faltar á la disciplina, es hacerse más indigno de lo que ya soy, de esta cruz y de estas ginetas.

ISABEL. —Pero ¿por qué?

ALEJO. —Oidme, señorita. Cuando hace ocho meses me hizo mi generala el inmerecido honor de confiaros á mis cuidados, honor que.... ¡bruto de mí! no aprecié entónces debidamente, me dijo que con mi vida responderia de la vuestra, y....

ISABEL (*conmovida.*)—Y tú has cumplido tu comision con un empeño, con una solicitud tan tierna y paternal, que jamás.... jamás lo olvidaré.... Despues de haberme

salvado dos veces en el mismo dia en que me conociste; despues de exponerte á cada momento por mi causa; despues de acompañarme, sin tener obligacion ninguna, en el difícil y penoso viaje que he emprendido, no cesas de prodigarme las muestras de tu cariño y tu abnegacion.... Rodeándome de comodidades á que no estoy habituada, arrojas sobre tí las penas y fatigas, por tal de evitármelas. Me mimas, me acaricias, me obligas á tutearte, alientas mi esperanza cuando el recuerdo de mis padres ausentes me entristece, y para devolverme la alegría, inventas cuentos y canciones que me deleitan. ¡Ah! (*Con mucha ternura.*) Sería una infame si olvidase alguna vez todo lo que haces por mí.... Felizmente, desde niña he aborrecido la ingratitud, y siempre, siempre, despues de mis padres, ocuparás el primer lugar en mi corazon. (*Abrazándolo.*)

ALEJO (*sollozando.*)—¡Ah, señorita! sois muy buena... Mirad; eso que habeis dicho, es muy lindo y me ha llegado aquí. (*Señalando el corazon.*) Sí, sí; ¡voto á cien cosacos! Si me quereis, yo tambien os amo como si fuérais mi hija ... mi pobre

Elisa, que murió tan pequeñita.... (*Dando un puñetazo en la mesa y poniéndose en pié.*) ¡Rayos y tempestades! ¡Pues no estoy llorando como un babieca! (*Enjugándose.*) Perdonadme, señorita; perdonadme.... no sé lo que me hago....

ISABEL. —No, buen Alejo; no ocultes esas lágrimas: ellas te honran y demuestran tu buen corazon.

ALEJO. —Vos sois quien tiene buen corazon; vos, que solo mirais el lado bueno á mis acciones torpes é indiscretas....

ISABEL. —¿Cómo?

ALEJO. —Sí; recordad que acababa de prometer que os cuidaria, y lo primero que hice, ¡bruto de mí! fué entregaros á Denniloff, dándole á conocer vuestro nombre y vuestras intenciones....

ISABEL. —¡Ah! pero si tú no sabias....

ALEJO. —Ofrecí defenderos, y desde luego me puse en la imposibilidad de realizarlo, injuriando á ese hombre, en vez de valerme de la astucia y la prudencia; haciendo que me llevaran preso y dejándoos abandonada entre sus manos....

ISABEL. —Sí; pero olvidas que no hiciste sino llegar ante el gobernador, presentarle

el documento que esa buena señora te habia dejado y que tan útil nos ha sido, ser puesto en libertad, y correr á todo escape, llegando á tiempo para arrebatarme de los brazos de Denniloff, que ya me conducia desmayada á su palacio.

ALEJO. —Ese fué el golpe final: os salvé, es verdad; pero aumentando contra nosotros el furor y el odio de ese miserable, que desde entónces no ha cesado de perseguirnos. Queria yo haceros más corto y agradable el camino, y mis imprudencias han hecho que para huir de la venganza de ese infame, hayamos tenido que dar inmensos rodeos y perder mucho tiempo para llegar hasta aquí. Eso sí, creo que ya nos perdió la pista; pero el resultado es, que yo he faltado á la consigna, no he podido recoger las instrucciones que debia enviarme mi generala, y por fin, todo lo he echado á perder.... Sí, sí, ¡voto á dos mil cosacos! soy un bruto, un archibruto. (*Mesándose los cabellos.*)

ISABEL. —Vamos, mi buen Alejo; no te maltrates tanto, que ciertamente no lo mereces. Dios ha dispuesto así las cosas, y sin duda todo saldrá mejor. Además, por fin recibiste una carta de la señora Condesa....

ALEJO. —Sí, una carta bien lacónica, en que solo me dice que llegando á Moscow me detenga hasta nueva órden....

ISABEL. —Mas esa carta la has recibido hace dos meses y no tiene fecha....

ALEJO. —Es verdad, se olvidó la fecha; pero no deja por eso de ser una consigna, y lo que es ahora, sí estoy resuelto á obedecerla puntualmente.

ISABEL. —Pues yo creo que debiamos partir desde luego, á reserva de pedir perdon por nuestra desobediencia á esa noble señora, que, quizá, quizá, nos haya olvidado.

ALEJO. —Señorita, señorita; ¿qué estais diciendo? Permitidme que os diga que sin subordinacion no hay disciplina posible.... Vos sois coronela, es verdad; pero la señora Condesa es generala, y le estais faltando al respeto.

ISABEL. —Dices bien, soy una ingrata; pero....

ESCENA II.

DICHOS Y EL POSADERO.

POSAD. —¡Albricias! albricias, señor militar.

ALEJO. —¡Cómo! albricias, ¿por qué?

POSAD. —Me habeis dicho que teneis que ir á San Petersburgo á reuniros con una dama

de la corte. Pues bien, ya no teneis que molestaros....

ALEJO É ISABEL.—¿Por qué? ¿Por qué?....

POSAD. —Porque la corte va á venir aquí....

ALEJO. —¡Cómo! ¿Qué habeis dicho?

ISABEL (*con alegría.*)—¿Es posible?

POSAD. —Sí, sí; lo acabo de saber por un buen conducto. El autócrata de las Rusias, S. M. el emperador Nicolás, se digna venir con toda la corte á pasar el invierno en Moscow. Antes de un mes estarán aquí....

ISABEL. —¡Dios mio! ¿Será cierto?

POSAD. —Ya lo creo. Y si á vosotros os alegra la noticia, á mí me ha entusiasmado; porque con la venida de tanta gente, es seguro que mi establecimiento prosperará.... Voy á empezar á dictar mis disposiciones.... (*Yéndose.*)

ALEJO. —Muy bien; pero hacedme favor, al paso, de pedir el té de la señorita: que se lo lleven á su habitacion.

POSAD. —Así lo haré.... (*Váse.*)

ESCENA III.

ALEJO É ISABEL.

ISABEL. —¡Ay, Alejo! me ahoga la alegría. ¿No será falsa la noticia?

ALEJO. —Vamos á saberlo. Por fortuna tengo en esta ciudad varios amigos á quienes preguntar. Voy á dejaros sola por un corto rato. Afortunadamente la casa es segura. Encerraos en vuestra habitacion, y ántes de una hora estaré de vuelta.

ISABEL. —Sí, sí; vuelve pronto, para que me digas si se confirma ó no esa fausta noticia.

ALEJO. —No tardaré....

(Sale por el fondo: Isabel entra en su habitacion y cierra la puerta. Apénas se ha cerrado ésta, se abre la de enfrente, en la cual deben notarse algunos movimientos desde la escena anterior, producidos por Denniloff, que ha estado escuchando.)

ESCENA IV.

DENNILOFF.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! La fortuna me favorece. La muchacha está sola, y no hay un momento que perder. Si no aprovecho esta oportunidad; si es verdad lo que ha dicho ese hombre, á quien Dios confunda, de que la corte viene á pasar aquí el invierno, ¡oh! soy perdido. Mi odio, mi venganza y hasta mi propia seguridad, me han hecho abandonar Kazan, sin permiso del emperador.... Si él supiera que estoy aquí; si esa muchacha llegase á hablarle, á referirle mi pasado, que, segun parece, conoce perfectamente, seria creida, porque yo no tengo quien hable en mi

favor, y mi pérdida fuera segura.... No, no: esa muchacha debe desaparecer, y juntamente con ella ese soldado, que el infierno maldiga; ese soldado que ha puesto sus manos sobre mi rostro... ¡Oh! ¡oh!... la ira me ciega.... Pero, ¿qué hacer? ¿Cómo evitar el escándalo?

ESCENA V.

DENNILOFF Y UN CRIADO que trae un servicio de té.

DENNIL.—Ah! ah! ah! ¿Qué traes? ¿Para quién es eso?

CRIADO.—Es un poco de té que ha pedido la señorita que ocupa este cuarto.

DENNIL.—Ah! ah! ah! (¡Qué idea!) Aguarda: pon ese té en esta mesa y vé á traerme un poco de rom.... La vecina nada perderá con esperar un poco, y lo que es yo, me estoy muriendo de sed.

CRIADO.—Pero....

DENNIL. *(con imperio.)*—Obedece, y no repliques.

(Deja el criado el té, y sale por el foro.)

ESCENA VI.

DENNILOFF.

El infierno favorece mi venganza.... No hay que vacilar.... Afortunadamente siempre estoy

prevenido para las grandes ocasiones, y esta es una de ellas.

(Entra en su cuarto y sale inmediatamente con un pequeño frasco, cuyo contenido arroja temblando en la tetera, despues de mirar con terror por todas partes. En seguida, mueve el líquido con una cuchara y limpia con cuidado el polvo que pueda haber caido sobre la mesa.)

Ahora sí; dentro de media hora ya no tendré por que temer á esa muchacha, que quiso atravesarse en mi camino.... Desaparecerá sin escándalo; y si es que lo hay, las sospechas vendrán á recaer sobre el soldado, y así completaré mi venganza.

ESCENA VII.

Dicho y el Criado.

Criado.—Aquí está el rom.

Dennil.—Bien. *(Se lo bebe de un trago.)* Ahora lleva ese té, y avisa al patron que dentro de un cuarto de hora tengo que marchar.

Criado.—Muy bien, señor.

(Entra con el té á la habitacion de Isabel.)

ESCENA VIII.

Denniloff.

No perdamos tiempo..... Es necesario que salga yo de aquí ántes que vuelva el sargento. Ah! ah! ah! Creían que les habia perdido la pista, porque esperaba la oportunidad que hoy se ha

presentado. ¡Ya no te escaparás, jóven aventurera!.... Vamos, vamos á preparar las maletas.

(Entra en su pieza, cerrando tras sí la puerta. En seguida aparecen por el fondo Lopouloff y Catarina con trajes de aldeanos rusos. El primero lleva una pequeña maleta. Ambos deben parecer más viejos que en el primer cuadro. Al mismo tiempo sale el criado del cuarto de Isabel, cuya puerta cierra con cuidado.)

ESCENA IX.

LOPOULOFF, CATARINA Y EL CRIADO.

CRIADO.—(¡Otros huéspedes! ¡Por uno que se va, vienen dos!)

LOP.—Díme, muchacho; ¿cuál es la habitacion que está desocupada?

CRIADO.—Solo ésta. (*Señalando la inmediata á la de Denniloff.*) Aquí estaréis perfectamente. Enfrente teneis la de un soldado muy francote y muy buen hombre, y junto á su habitacion la de una jóven muy bella que viene con él.

LOP.—Pues arregla la que nos corresponde, y avisa luego.

CRIADO.—Al momento. (*Entra.*)

ESCENA X.

DICHOS, MÉNOS EL CRIADO.

CATAR.—Yo creía que el itinerario te habia fijado la posada en que debiamos parar en Moscow.

LOP. —No; si Moscow no está en el derrotero. Vas á verlo. (*Saca un papel.*) Yo he sido el que quise detenerme aquí unos instantes, porque tú estabas fatigada, y...

CATAR. —A ver, á ver; lee de nuevo la carta, ya que la tienes en la mano: ¡me gusta tanto repetir su lectura! Como que en ella se habla de mi hija, ¡de la hija de mis entrañas!

LOP.— Pues escucha: «Una antigua amiga vuestra, la Condesa viuda del general Suwarow, acaba de tener el placer de abrazar á vuestra noble hija. Es una heroina, cuyo valor y sentimientos admiran y arrebatan. No abrigueis ya temor alguno por su suerte, y estad seguro de que su loable empresa tendrá el mejor éxito. Para conseguirlo, y para que podais estrecharla más pronto en vuestros brazos, es indispensable que, tomando el nombre que indica el adjunto pasaporte, os pongais luego en marcha para la capital, acompañado de vuestra esposa. Se os envian recursos para el viaje; y á fin de que no os falten, de que encontréis trasporte y cambios de postas, y recibais noticias de los que se interesan por vos, es necesario que sigais el derrotero que á conti-

nuacion va marcado. Al llegar á San Petersburgo, podeis estar cierto de hallar vuestro perdon, y además alguna sorpresa que se os prepara. La carta que acompaña á la presente, os será muy útil, presentada que sea á las autoridades, si ocurriese alguna dificultad en el camino.

Vuestra,

LA CONDESA DE SUWAROW.»

Ocho meses hace que fué escrita en Nowgorod esta carta, y cinco que la recibimos. He seguido las instrucciones con fidelidad, y dentro de pocos dias llegarémos á Petersburgo.

CATAR. —Ya habriamos llegado si no hubiera sido por tu indecision....

LOP. —¡Oh! el paso era grave, y valia la pena de meditarlo un poco; y si no fuera por la confianza que me inspira la Condesa, y sobre todo, por el vivo deseo que tengo de ver á mi adorada hija, acaso no me habria decidido.... Si las autoridades á quienes he presentado mi pasaporte con el nombre de Ladislao Sobienski, me hubiesen conocido; si supieran que soy un prófugo de la Siberia.... ¿qué habria sido de nosotros? ¡Oh! no quiero

pensarlo.... Afortunadamente, en diez y siete años de destierro y de sufrimientos, ha cambiado de tal modo mi fisonomía, que los antiguos amigos á quienes hemos encontrado no me han conocido, y yo me he guardado bien de hacerme reconocer.

CATAR. —Pero lo que más extraño, es que (ahora que estamos léjos me atrevo á decírtelo) es que el gobernador de Tomks no haya tratado de perseguirnos.

LOP. —Debe haberlo hecho, y ha de haber tambien dado aviso á la corte; pero como el itinerario nos fijaba una direccion diversa de la que suelen seguir los prófugos, y como además llevaba en mi poder esta otra carta (*sacándola*) de la primera dama de la Emperatriz, de la viuda del más ilustre general del imperio; y como en ella asegura que soy un gran personaje que viaja de incógnito, por placer, nadie se ha atrevido á interrumpir mi marcha, ni á hacerme preguntas, y hemos salido bien hásta ahora en nuestra empresa.

CATAR. —Y yo confio en que le verémos un término feliz.... ¡Pobre hija mia! ¡solo dos cartas suyas hemos recibido en dos años y medio! ¡Cuando pienso en lo que ha de

haber sufrido en este viaje que nosotros hacemos llenos de comodidades; cuando pienso en los peligros á que se ha expuesto por nosotros en una edad tan tierna y delicada!... (*Llorando.*)

LOP.—Vamos, vamos, no te aflijas: Dios no puede dejar de conceder un premio á tanta virtud y abnegacion.... Muy pronto vamos á abrazarla.... ya encontró una protectora en la Condesa, y ya ves.... ésta nos dice que no debemos temer nada por nuestra hija....

CATAR.—¿Y si le faltara esa proteccion? ¿si la Condesa olvidase su promesa?

LOP.—No, no puede ser...

CATAR.—¿Cómo se ha olvidado de nosotros?

LOP.—¿Qué estás diciendo?

CATAR.—Ofreció en su carta darnos noticias suyas, y hasta ahora no lo ha cumplido....

LOP.— Algo se lo habrá estorbado.... Pero en cambio, ¿nos han faltado acaso los recursos? ¿hemos dejado de hallar las postas en los lugares señalados?

CATAR.—Es verdad.

LOP.—Pues ya ves que eras una ingrata, y que desconfiabas injustamente.

CATAR.—Perdóname, perdóname; pero la suer-

te de mi pobre Isabel trastorna mi razon, y no sé lo que digo....

CRIADO (*saliendo*)—La habitacion está dispuesta, y el señor y la señora pueden pasar cuando gusten.

LOP.—Vamos; la jornada ha sido hoy larga, y necesitas descansar.... (*Entran, dejando abierta la puerta.*)

ESCENA XI.

EL CRIADO y despues DENNILOFF.

CRIADO.—Quitemos ahora estos utensilios, ántes que venga el amo y me regañe. (*Recoge los que se hallan sobre la mesa.*)

DENNIL. (*sale con una maleta en una mano y un par de pistolas de un tiro en la otra, y lo pone todo sobre la mesa.*)—¡Ah! ¡ah! ¿estás ahí? Me alegro.... Vé á decirle á tu patron, que me prepare luego la cuenta: al salir la pagaré....

CRIADO.—Al momento, señor. (*Sale.*)

ESCENA XII.

DENNILOFF, luego ISABEL, y más tarde LOPOULOFF y CATARINA.

DENNIL.—¿Qué habrá sucedido?... Estoy inquieto, y sin quererlo me estremezco... ¿Habrá ya tomado el té? ¡Oh! si no lo hubiese

tomado y yo me fuera en la confianza.... No, no; ántes de irme es preciso que averigüe.... ¿Mas cómo saberlo?.... Si solo estuviese cerrada la puerta, sin pasador por dentro.... Veamos.... (*Se acerca con precaucion á la puerta del cuarto de Isabel; al mismo tiempo ésta la entreabre, y Dennilloff trata de ocultarse acercándose á la pared.*)

ISABEL (*gritando.*)—¡Mozo! hé! ¡mozo! (*Para sí.*) Por escribir á mis buenos padres he dejado enfriar el té, y... (*Denniloff hace un movimiento que lo descubre; Isabel al verlo, grita é intenta cerrar la puerta.*) ¡Vos! ¡vos aquí! ¡Socorro! ¡socorro!

CATAR.—¡Esa voz! Sí, sí; ¡es la suya! (*Aparece en la puerta de su habitacion, y poco despues Lopouloff. Isabel, al oír la voz de su madre, abre de nuevo la puerta y exclama*):

ISABEL.—¡Mi madre! ¡mi madre aquí!

CATAR.—¡Sí, hija del alma! ¡yo soy!.... (*Corriendo hácia ella.*)

DENNIL. (*asombrado y ciego de furor, toma con fuerza el brazo de Isabel, intentando llevársela, y con la otra mano detiene á Catarina.*)—¡Maldicion!.... (*Casi al mismo tiempo Lopouloff, que ha

aparecido en la puerta, y vacilado un instante como queriendo comprender lo que pasa, se lanza al fin sobre Denniloff, tomando al paso las dos pistolas que ve sobre la mesa. Con la otra mano toma el brazo de Denniloff y le arrastra con vigor por el foro, fuera de la escena, diciendo):

LOP. —¡Infame! ¡y eres tú! (*Denniloff, atónito, se deja conducir, y suelta á Isabel, quien se arroja en los brazos de Catarina: ésta, llorando y llena de emocion, la abraza como si quisiera protegerla con su cuerpo.*)

ISABEL. —¡Madre mia! ¡madre mia!

CATAR. —¡Hija adorada.... al fin vuelves á mis brazos!... (*Quiere seguir hablando, y la emocion ahoga sus palabras. Entretanto se oye de la parte de afuera el ruido de una lucha, y despues las siguientes palabras*):

LOP. —¡Miserable, defiéndete, ó te mato!.... (*Suenan dos tiros. Lopouloff vuelve poco despues lleno de fatiga, arrojando cerca de la puerta la pistola: corre á abrazar á Isabel.*)

DENNIL. (*afuera*)—¡Ah, infame! me has muerto! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Al asesino! (*Da al-*

gunos pasos penetrando en la escena, cubriendo con la mano izquierda la herida que se supone haber recibido en el costado. Casi al entrar, cae al suelo, soltando la pistola cerca de la otra.) ¡Ah! yo me vengaré!

(Esta escena debe ser muy rápida; y su ejecucion, en que juegan tan encontrados sentimientos, queda á la inteligencia y discrecion de los actores.)

ESCENA XIII.

DICHOS Y EL POSADERO.

POSAD. —Aquí han sonado los tiros... Sí.... ¡Un hombre herido!

DENNIL.—Sí, sí.... herido por.... (*Isabel se desprende con violencia de los brazos de sus padres, que la miran con admiracion, y corre á hablar en voz baja con Denniloff. Antes el posadero ha salido diciendo:*)

POSAD. —Voy á llamar á la justicia. (*Sale.*)

ISABEL (*á Denniloff en voz baja.*)—¡Por compasion, señor!

LOP. —Pero, hija, ¿qué vas á hacer?

ISABEL. —Un momento, padre mio. (*A Denniloff.*) ¡Por piedad, decid, decid que yo os he herido! ¿Quereis una víctima?....

Yo lo seré.... (*Vuelve al lado de sus padres, á quienes acaricia con extremo.*)

DENNIL. (*aparte.*)—(Oh! qué idea! Sí, sí.... Así me vengo de los dos.)

ESCENA XIV.

DICHOS, EL POSADERO, EL CRIADO, UN OFICIAL Y DOS GENDARMES. (Los primeros acuden á levantar á Denniloff, que se apoya en sus brazos: los últimos se quedan en la puerta.)

OFICIAL.—¿Qué es lo que ha pasado aquí?..... ¿Nadie responde?.... Pregunto, ¿qué ha ocurrido aquí?

DENNIL.—Lo que ha pasado es, que he sido herido por una arma de fuego.

OFICIAL.—Eso ya lo veo. ¿Pero quién os ha herido?

DENNIL.—Me ha herido.... esa jóven.

TODOS. —¿Ella?

ISABEL. —Sí, sí; dice la verdad; yo soy quien le ha herido.

CATAR. —¡Ah! (*Intenta hablar y la emocion se lo impide: pronuncia algunas frases incoherentes: quiere detener á Isabel con el ademan: da un paso y cae sin fuerzas en el suelo. Isabel acude, ya á ella, ya á su padre, que lleno de estupor tampoco puede hablar.*)

LOP. (*rompiendo al fin el silencio.*)—No, no; no la creais.... Yo, yo fuí quien hirió á ese miserable.

ISABEL (*á Lopouloff en voz baja.*)—Callad, padre mio! (*Alto.*) No, yo he sido; os lo aseguro. (¡Dios mio, perdona esta mentira!)

OFICIAL (*que ha estado viendo á todos, sin comprender lo que pasa.*)—¿Por fin?....

LOP. —¡Pero no veis que es mi hija y pretende salvarme!

DENNIL. (*con voz entrecortada.*)—Voy á decir... lo que ha pasado. Ese hombre (*señala á Lopouloff*).... es un prófugo de la Siberia.

ISABEL. —(¡Dios mio! ¡Todo fué en vano!)

DENNIL.—Yo, como fiel vasallo de S. M... manifesté al reconocerle... que era mi deber dar aviso de su fuga á la autoridad..... Esa jóven, que como habeis visto, es una hija cariñosa, quiso impedirlo, tomó mis pistolas que habia yo dejado sobre esa mesa.... y cuando más descuidado me hallaba.... ha disparado dos tiros sobre mí.

LOP. (*queriendo arrojarse sobre él. El oficial lo contiene.*)—Mientes, miserable. Es verdad que soy prófugo de la Siberia: es verdad que me reconociste; pero tam-

bien lo es que yo, ciègo de furor al ver que intentabas hacer daño á mi hija, he disparado, y te he herido; y te heriria y te mataria cien mil veces, si pudiera.

DENNIL.—La cólera y el amor paternal le hacen hablar así....pero yo he dicho la verdad, y esa mujer ha confirmado mis palabras confesando su crímen..... ¡Ah!..... me muero.... me muero!....

OFICIAL.—Pues no podemos perder más tiempo. Todos irán presos, y el Tribunal aclarará la verdad.

CATAR. *(que haciendo un esfuerzo logra acercarse á Denniloff, le dice en voz baja):* ¡Tened compasion una vez en vuestra vida!.... ¡Decid què una casualidad!....

DENNIL.—Já! já!!...Compasion! ¿y tú eres quien me la pide?....Si muero.... moriré vengado.... Ah!....

POSAD. —¡Oh! ¡Está muerto!

CRIADO.—No, solo està desmayàdo.

OFICIAL—Vamos, vamos pronto. (*A los soldados.*) Todos van presos, ménos estos dos. (*Señalando al posadero y al criado, á quienes dice*): Vosotros conduciréis al herido.

(Los soldados se acercan.—Cae el telon.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

LA PRISION.

Calabozo en la prision principal de Moscow. En el fondo, una puerta que solo se abrirá para dar entrada á los personajes que vienen de fuera, cerrándose en seguida. A la derecha la puerta de una pequeña alcoba. En el centro una mesa de palo blanco y un banquillo. Luz débil y triste.

PERSONAJES.

ISABEL.—CATARINA.-LA CONDESA.-LOPOULOFF.-ALEJO.
—ESTANISLAO.—EL CARCELERO.

ESCENA I.

LOPOULOFF Y CATARINA. El primero sentado en el banco y apoyado tristemente sobre la mesa. Catarina escuchando á la puerta de la alcoba. Un momento despues, se retira con precaucion y dice en voz baja, como hablando hácia la alcoba:

CATAR. —¡Duerme, duerme, pobre ángel mio! ¡Descansa un momento de las rudas penas que tan injustamente te envia el destino! Tu conciencia pura, tu alma inocente, te darán dulces ensueños; y aun-

que al despertar te parezca más horrible la realidad, habrás gozado, al ménos, unos instantes de calma y de reposo!... (*Acercándose á Lopouloff.*) ¿Sabes, Lopouloff, que cuando pienso en la virtud y en el candor de nuestra hija, me parece que ni la tierra, ni nosotros somos dignos de poseerla?

Lop. —¡Oh! sí: su morada debiera ser el cielo; sus compañeros los ángeles. ¡Mas no permita Dios que ella abandone pronto este mundo, donde tanto bien ha hecho, y tanto puede hacer aún! ¡Antes muera yo mil veces!... Ya ves: veinte dias hace que vivimos en esta horrible cárcel; é Isabel, léjos de desesperarse, léjos de clamar contra la injusticia del cielo, que así la condena á padecer, en vez de premiar sus virtudes como merecen, sufre resignada, y nos alienta y fortalece con sus dulces palabras, con sus tiernas caricias, con su sonrisa angelical.... ¡Oh! sin ella, me habria muerto aquí de tristeza..... ¡Vamos, vamos: soy un egoista! ¿Y qué importaria que yo muriese, si ella era feliz? ¿cómo puedo ocuparme de mí, teniendo el ejemplo de mi hija, que solo vive para sus semejantes; que no se acuerda de

que existe sino para llenar de beneficios á los que la rodean?.... Despues de emprender, sin dudas, sin vacilaciones, ese viaje lleno de peligros, alentada solo por el cariño filial, por la esperanza de devolverme la felicidad perdida, ha consumado su obra sublime, ha apurado hasta las heces el amargo cáliz del sacrificio, declarándose ella misma culpable de un delito que jamás habria ni aun ocurrido á su alma inocente y bondadosa: ¡y todo por salvar á su padre! ¡y todo, sin que el menor movimiento, sin que una sola palabra demuestren que hace esfuerzo para realizar esas acciones, de las que una sola haria tal vez retroceder á un hombre valeroso!...

CATAR. —Sí, sí: yo creo que no hay heroismo que iguale al suyo. ¡Cuántas veces nos ha hecho llorar en estos dias, refiriéndonos, con esa sencillez tan natural en ella y tan distante de la ostentacion y de la vanagloria, los riesgos que ha corrido, los lances de que ha sido salvada! Y eso sin dejar ver en su rostro una sola señal de amargura; sin demostrar odio, ni contra la suerte, ni contra los que le han hecho mal; y sí, al contrario, gratitud y

cariño para con Dios y para con los hombres que la han favorecido.... Al oirla hablar de esas peligrosas aventuras, sin mencionar siquiera sus sufrimientos, que nosotros hemos tenido que adivinar; al ver lo poco que al narrarlas se ocupa de sí misma, pareceria que no es ella la heroina de esa historia extraordinaria, y que no hace sino repetir una novela que otros le han referido.

LOP. (*con exaltacion.*)—¡No, no; esto no puede ser: el cielo es injusto cuando nos pone en esta horrible situacion!

CATAR. —Lopouloff, no blasfemes: no te quejes así del cielo, que nos ha dado por hija uno de sus ángeles.....

LOP. —Pero si no me quejo por nosotros... Nosotros, es decir, yo, soy más dichoso de lo que merezco... (*con exaltacion*) pero ella, pero tú! ¿por qué sois desgraciadas? ¿por qué sufrís tanto?

CATAR. —¿Y sabes, acaso, si el premio que Dios ha reservado á mi hija no compensará todos sus sufrimientos?

LOP. —Puede ser.... Pero.... ¿y si al contrario, una sentencia de muerte fuese el premio de su heróico sacrificio?

CATAR. (*con espanto.*)—¡Muerte! ¡muerte!....

¿y por qué habian de sentenciar á muerte á mi hija, á mi hija, tan bella, tan inocente?

LOP. —No, no; yo no digo que la sentencien... Tal vez sus jueces lleguen á creer mis palabras; tal vez se apiaden al considerar la edad de Isabel, la debilidad de su sexo.... Pero... no debemos olvidar que ella, confirmando las odiosas palabras de Denniloff, se ha acusado de haber sido quien le hirió. Yo, en mi declaracion, he dicho la verdad: he manifestado todo el heroismo de Isabel: he indicado los nobles motivos que la impulsaron á llamarse culpable: he jurado, en fin, que yo fuí el único autor del delito....... mas dudo que mi declaracion y la tuya puedan contrariar en el ánimo de los jueces las de Isabel y Denniloff, que están conformes entre sí.

CATAR. (*con angustia.*)—¡Ah, Dios mio!... ¡Y yo que al declarar....

LOP. —¿Qué?

CATAR. Lo he hecho en el mismo sentido que mi hija!....

LOP. (*breve.*)—¿Cómo? ¿no me has dicho que tú tambien habias referido la verdad?....

CATAR. —¡Ay! Perdóname: no quise contrariar-

te; pero.... yo.... confiaba en que Isabel seria perdonada, siquiera en gracia de su juventud y su belleza; siquiera por la circunstancia de no haber muerto Denniloff; miéntras temí que tú, prófugo ya de la Siberia, no hallaras indulgencia si aparecias culpable de un nuevo delito....

LOP. —¡Desdichada! ¿qué has hecho? ¿Ignoras que las heridas que se infieren á un noble, aunque no produzcan la muerte, se castigan en nuestro país con la pena capital? ¡Ah, tú eres quien ha sentenciado á nuestra hija!

CATAR. (*con angustia, y corriendo hácia la puerta.*)—¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué dices?.... Voy á jurar que todo lo que dije es mentira.... Sí, sí: voy á retractarme.... (*Llega á la puerta y retrocede con desconsuelo.*) ¡Oh, Dios! ¡si está cerrada!

LOP. (*tomándole una mano, y con aire á la vez triste y cariñoso.*)—¡Ya es tarde!... y aunque te retractaras, siempre quedaria en pié la declaracion de Isabel....

CATAR. —¿Y si ella tambien se retracta?

LOP. — ¡Ah! eso seria otra cosa....

CATAR. —¡Isabel! Isabel!... Voy á despertarla... á aconsejarle que diga la verdad....

LOP. (*deteniéndola.*) —¿Y crees que ella se resuelva ahora á acusarme?

CATAR. (*muy agitada.*)—¡Ay! ¡Es verdad! ¡y si te acusa, á tí te matarán.... ¡Oh, no! ¡no! ¿Qué hacer, Dios mio?.... ¡Ah, ya sé! ¡ya sé! que diga que yo fuí quien disparó sobre Denniloff.... Sí, sí: eso es.... (*con alegría.*) Tú y yo sostendrémos lo mismo....

LOP. (*abrazándola.*)—¡Pobrecilla! ¿Y quién ha de creernos?.... No; ya no nos queda otro recurso que poner toda nuestra esperanza en Dios, si es que no nos ha olvidado....

ESCENA II.

DICHOS é ISABEL, que sale de la alcoba.

ISABEL (*besándoles la frente.*)—No, padre mio, Dios nunca olvida á sus criaturas.

LOP. —¡Ah! ¡ya has despertado! Ven, ven como otras veces á enjugar nuestras lágrimas, á avivar nuestra fe moribunda.

CATAR. —Sí, ven á hacernos olvidar, por un instante, con tus caricias, con tu sola presencia, la horrible suerte que nos espera....

ISABEL (*con aire de ligera represion.*)—¡Padre! ¿por qué temes? ¿Por qué lloras, madre mia? ¿Acaso Dios ha dejado de existir?....

CATAR. Y LOP.—¡Hija! ¡hija mia! (*Como avergonzados.*)

ISABEL (*animándose cada vez más.*)—¿Habeis olvidado que hay una Providencia que nunca abandona al que se conduce bien? ¿una Providencia que ha velado sobre mis pasos y que me ha salvado de tantos peligros? ¿Habeis olvidado que aun en medio de la desgracia que ahora sufrimos, hemos tenido el consuelo, gracias á la abnegacion de mi madre y á las recomendaciones que vosotros y Alejo traíais, de estar al fin reunidos despues de tres años de dura ausencia?

LOP.—¡Es verdad!

ISABEL.—¿Olvidais que con esas mismas recomendaciones hemos obtenido el mejor calabozo de esta prision?

CATAR.—Es cierto.

ISABEL.—¿No recibimos diariamente la visita de Alejo, ese buen soldado que me acompañó con una ternura paternal, y que además de distraernos, nos proporciona todas las comodidades compatibles con

nuestra situacion? ¿No nos ha asegurado que tal vez hoy mismo llegue la Condesa, esa noble señora que se interesa por nosotros?

LOP. Y CATAR. —¡Es verdad! ¡es verdad!

ISABEL. —¿Y no demuestra todo eso que hay un Dios en el cielo, que si pone á prueba la virtud de sus hijos, jamás les abandona?.... Entónces, ¿por qué es esa desconfianza? ¿por qué esas lágrimas? ¿por qué esos temores?

CATAR. —¡Gracias! ¡gracias, hija adorada! Me has devuelto la fe; has alentado mi esperanza: ya no dudaré más....

LOP. —Sí, sí; ya no temerémos que Dios nos abandone... tú nos has enseñado á creer y á esperar....

ISABEL. —No, padre mio; no os he enseñado nada: vosotros sois, al contrario, los que me habeis enseñado cuanto sé; pero el cariño que me teneis pone una venda en vuestros ojos, y yo la he levantado para que viérais más claro.

LOP. —Pues vamos, vamos; ya no más lágrimas.... Cuéntanos: ¿has dormido bien? ¿has tenido algun sueño?

ISABEL. —Sí, papá: he tenido un sueño muy sin-

gular, en el cual encuentro cierta analogía con nuestra situacion.

CATAR. —A ver.... cuéntalo, cuéntalo pronto.

ISABEL. —Pues escuchad, y no os burleis de mí. Me encontraba sentada á la orilla del rio, cerca de la casa que habitábamos en Tomks, observando los movimientos que hacian algunos peces en el agua. De repente me hizo levantar los ojos el gemido de un pobre chaica, que parado en la rama de un árbol, lloraba la ausencia de su madre que se hallaba en lejanos países....

LOP. —¿Y cómo sabes que esa era la causa de sus gemidos?

ISABEL. —Eso es lo que hay de original en mi sueño. En él intervinieron varios animales, y sin embargo, entendí perfectamente todo lo que decian. Pues bien: el chaica estaba, como dije, quejándose, cuando de pronto se lanza sobre él un horrible cuervo, y sin compadecerse de su dolor, le toma por una de sus alas...... Ya iba á arrebatar al pobre pajarillo, cuando un halcon arrogante se precipita sobre el negro animal con toda la ligereza de sus alas, y se traba entónces una terrible lucha que vino á terminar en el

suelo. El chaica, no queriendo abandonar á su protector, esperaba con ansia y con espanto el resultado del combate..... Yo no pude contener mi terror, y grité. A mi grito salió del bosque un majestuoso leon, que indignado al ver el atrevimiento de los que así profanaban sus dominios, iba ya á despedazar á todos; pero yo, resuelta á salvar al chaica y á su defensor, referí, con voz trémula, al leon lo ocurrido; y él entónces, volviéndose á los combatientes, les dijo con dignidad: «Os perdono la lucha, y permito á vosotros (al halcon y al chaica) que habiteis mis dominios. En cuanto á tí, que has querido hacer mal á quien no lo merecia, huye léjos de aquí y no vuelvas jamás á ponerte en mi presencia»...... En ese momento desperté al oír la voz de mi madre, que me llamaba....

LOP. (*sonriendo.*)—Ya comprendo la relacion. El chaica eres tú; Denniloff el cuervo, y el halcon yo. Mas no sé quién pueda ser el leon.

ISABEL.—El leon será tal vez la señora que nos protege, ó quizás el mismo emperador; pero leon ha de haber, no lo dudeis....

CATAR.—¡Dios lo haga! Pero, díme, ¿quién

desempeñará el papel que hiciste tú en el sueño?

ISABEL.—Lo hará tal vez Alejo.... ó bien..... tú misma, mamacita, si, como te lo ruego, te resuelves á abandonar inmediatamente esta prision, en la cual no tienes por qué estar más tiempo: bastante te has sacrificado aquí por nosotros...... Ahora debes ir á ayudar al buen Alejo en los pasos que está dando con el fin de salvarnos....

LOP.—Es verdad, es verdad: debes salir de esta cárcel. Tú no estás presa, y ya bastante has sufrido por mí causa.... (*Con amargura.*) Yo soy un egoista que no pienso sino en lo que puede hacerme feliz.... Despues que rendimos nuestras declaraciones, me propusiste acompañarnos dos ó tres dias en nuestro encierro. Obtuvimos el permiso para estar reunidos, gracias á nuestras recomendaciones. Concluyó el plazo, y yo, hallándome dichoso á tu lado, me olvidé de que tú estás libre, de que tú no tienes necesidad de vivir en esta fria y húmeda habitacion.... ¿Y es mi hija la que me hace comprender mi egoismo? ¡Ella, que con tanta abnegacion se ha comprome-

tido por salvarme!.... ¡Oh! ¡soy un miserable!

ISABEL. —No, padre mio: si aquí hay algun egoista, soy yo; ¡yo que me resuelvo á separarme de mamá, con tal de que ella vaya á trabajar en favor nuestro!

CATAR. (*llorando.*)— No, no, no.......... La egoista, la miserable, soy yo solamente.... Yo, que ciño mi obligacion como madre y esposa á sufrir pasivamente á vuestro lado, sin hacer nada por vosotros.... ¡Y siempre es mi hija quien me recuerda mis deberes; quien, con su noble ejemplo, me hace inclinar la cabeza, avergonzada!

ISABEL. —¡Mamá! ¡mamá!.... yo no he querido decir....

CATAR. (*con exaltacion.*)—¿Por qué, despues de catorce años de vivir en Tomks, no se me ocurrió ántes que á tí el pensamiento de venir á solicitar el perdon de tu padre? ¿Por qué, cuando él, ciego de furor, cometió un delito, cuyas consecuencias no podia prever; por qué, por qué no me declaré culpable ántes que tú consumaras tan noble sacrificio? ¿Por qué, en vez de encerrarme aquí inútilmente con vosotros, no me vino, como á tí, la idea de

que afuera podria serviros más? ¿Por qué, ya que estaba libre, no continué mi viaje á Petersburgo para pedir vuestra libertad al emperador? ¿Por qué?.... Porque mi alma no está templada como la tuya: porque no soy capaz de concebir esas ideas grandes y generosas que á tí te ocurren sin esfuerzo... porque yo no sé... sino sufrir y llorar....

ISABEL. —Madre, no llores; no te aflijas. Tú has hecho más que yo por mi padre. Tú le has acompañado en su destierro. Tú has soportado su desgracia con una resignacion angelical.... Sin tí, mi buen padre habria sucumbido á la tristeza y al dolor. Sin tí, el viaje habria sido aun más estéril y lamentable de lo que el destino quiere que sea.

LOP. *(con voz entrecortada.)*—Ambas, ambas habeis sido mis ángeles buenos en la adversidad. Si no hubiera sido por vosotras, todo lo habria intentado, todo; hasta el suicidio.... Y yo, y yo, al contrario, he sido la causa de esas lágrimas que corren por vuestras mejillas. Por mi causa, vuestra vida toda está llena de amargura y sinsabores.... No.... Escúchame, Isabel: ya que hemos vuelto á

ocuparnos de esta triste materia, voy á expresarte mi voluntad irrevocable. Es preciso, es forzoso que retires tu declaracion; que digas la verdad; que confieses que yo fuí el único culpable....

ISABEL (*con espanto.*)—¡Y yo! ¡Y yo habia de acusarte!

LOP. —De lo contrario, si una sentencia fatal viene á herirte; óyelo bien, me mataré, ó cometeré un crímen que me lleve al cadalso.

ISABEL (*espantada.*)—¡Qué dices! ¿Y mi madre? ¿Quién cuidaria de ella? ¿Quién la consolaria?.... No; no harás eso.... ¿Has olvidado tu promesa de confiar en la bondad de Dios?

LOP. —Es verdad.... Pero si tú, hija mia....

ISABEL. —Escuchadme: yo he dormido toda la noche, miéntras vosotros velábais mi sueño. Id ahora á descansar unos momentos, y veréis cómo al levantaros, participais ya de la misma fe que yo tengo. Entónces combinarémos mejor nuestro plan. Acaso tengais un sueño que confirme el mio.... ¿Tú no crees en los sueños, papacito?

LOP. —Francamente, no mucho: dicen que al-

gunos se han realizado; pero yo no lo he visto....

ISABEL. —Pues ya verás. Dios ha de querer que el mio se verifique exactamente. (*Impeliéndoles con suavidad hácia la alcoba*) Mas id, id á dormir un rato.

LOP. —¿Pero si viene Alejo?...

ISABEL. —Entónces os despertaré, no tengais cuidado.

CATAR. —¿De veras nos despertarás?

ISABEL. —Os lo prometo... (*Con aire de broma.*) Ahora, á dormir, á dormir....

LOP. —Vamos, pues, á intentarlo, puesto que tú lo quieres. (*Entran en la alcoba despues de besar en la frente á Isabel.*)

ESCENA III.

ISABEL. (Los ve con suma ternura hasta que desaparecen, y despues de cerrar la puerta, dice con voz trémula):

¡Gracias, Dios mio; gracias, porque me has permitido verlos ántes de morir!... ¿Qué ménos puedo hacer por un padre tan bueno, tan cariñoso, que me quiere tanto, que sacrificarle mi vida inútil para conservar la suya?.... No, no es tan grande el sacrificio, cuando me siento con fuerzas para llevarlo á cabo... ¡Que no me falten, Dios mio! ¡Que mis pobres padres las tengan

para sufrir este golpe, si es que ha de consumarse!... Para qué era anticipárselos.... Si la sentencia se llega á suspender, sufririan inútilmente, y en el caso contrario.... es mejor que lo ignoren todo hasta que no haya remedio.... Entónces el cielo les consolará.... yo pediré á Dios que les envie resignacion..... Tal vez mi madre cree que la he querido alejar de aquí por egoismo.... No, no; he querido que se aleje para que no vea mi salida.... para que reciba lo más tarde posible la triste nueva..... ¡Ojalá y pudiera tambien alejar á mi pobre padre!.... Pero, en fin, él es más fuerte y resistirá más.... ¡Con tal de que haya tiempo para que ella salga de aquí.... Sí; sin duda la sentencia no se ejecutará hasta mañana....

ESCENA IV.

DICHA Y EL CARCELERO.

CARCEL.—¡Señorita!....

ISABEL.—¡Chist! Hacedme favor de hablar en voz baja.... que no os oigan.... Están durmiendo..... Anoche no cerraron los ojos....

CARCEL. (*bajando la voz.*)—Pues bien; todo está arreglado como deseábais.... El Tribunal accedió á suprimir las formalidades.....

El sacerdote os esperará afuera.... yo solo os sacaré de aquí.... y os entregaré al....

ISABEL. —¡Ah! ¡Gracias! Sois muy bueno: yo pediré al cielo por vos y por vuestros hijos...

CARCEL. *(conmovido.)*—¡Ah! señorita..... ¿Por qué habeis confesado?... Si supiérais..... Uno de los jueces, á quien logró interesar ese buen soldado que viene á veros.... habló por vos á los demas con tanto calor y entusiasmo; vuestro defensor alegó tambien tantas razones en favor vuestro.... que yo tuve un momento de esperanza.... pero ellos dijeron que la ley debia cumplirse, y que vuestra confesion, unida á las declaraciones del herido y de vuestra misma madre, formaban una prueba plenísima.... Así es que.... solo un voto favorable obtuvísteis....

ISABEL *(con resignacion)*.—¿Qué hemos de hacer?.... Dios lo ha querido así....

CARCEL.—Pero eso sí; el bribon del herido está aún preso, porque ha resultado que es falso el pasaporte con que vino de Kazan, y además, porque se ha hecho no sé qué aclaracion de un veneno que traía en sus equipajes, y con el cual iba á envenenar á uno de los criados de la posada en que se alojaba....

ISABEL. —¡Ah! Sí: sobre eso me preguntaron algo el otro dia. Yo no sabia nada, y así lo dije.... Pero seguid, seguid diciendo lo que me interesa.

CARCEL.—Pues bien.... al fin.... sois valerosa y lo habeis de saber..... vale más que os lo diga de una vez....

ISABEL. —¿Qué? ¿Mi padre?....

CARCEL.—No, no; vuestro padre no corre riesgo.... Se está esperando la resolucion de S. M. el *Czar*, y lo más que puede sucederle, es que le vuelvan á llevar á la Siberia..... No... Ahora se trata de vos... Mirad.... Yo he visto aquí muchos casos como éste.... y sin embargo, os lo juro... nunca he sentido lo que hoy.... Yo he creido... que aquí hay algo extraño; pero jamás que fuéseis culpable.... Por eso seguí vuestra causa con tanto interes.... Por eso, si en algo pudiera seros útil, no dudeis que lo haria sin vacilar....

ISABEL. —¡Oh! Gracias: lo creo, y os lo agradezco infinito; ¿pero..... esa noticia que íbais á darme?....

CARCEL.—Voy.... voy á decirla....

ISABEL. —Decidla sin temor: yo tengo resolucion para todo....

CARCEL.—Pues bien.... ya está fijada la hora....

ISABEL. —¡Ya!.... ¿Tal vez mañana?

CARCEL.—No, ahora mismo.... muy pronto.... dentro de media hora.... quizás ántes...

ISABEL. —¡Ah!.... ¿Tan presto?

CARCEL.—El Tribunal ha querido abreviar vuestros tormentos....

ISABEL. —Se lo agradezco; pero... mi madre no podrá salir... Entónces, sacadme de una vez de aquí, ántes que despierten... Así ninguno de los dos me sentirá....

CARCEL.—Quisiera complaceros; mas no es posible.... Dentro de un cuarto de hora vendré á buscaros....

ISABEL. —Bien; y si ántes viene Alejo, ¿le haréis entrar?

CARCEL.—Por supuesto.... (*Enjugándose una lágrima.*) (¡Pobre jóven.) (*Sale.*)

ESCENA V.

ISABEL.

Sí, sí; vale más que sea pronto.... ¡Con tal de que ántes no despierten! Ayer dormian cuando me hicieron la notificacion: ¡que duerman tambien ahora que los dejo para siempre!.... (*Acercándose á la alcoba.*) Me parece oir la voz de mi pobre madre..... ¿No estará dormida? ¿Ha-

brá oido algo?.... No, no; eso seria horrible.... (*Se arrodilla.*) ¡Vírgen inmaculada! ¡Madre del Criador! ¡Tú, que has sido mi amparo! ¡tú, que me has protegido contra el mal, no abandones á mis padres! ¡Consuélalos en su soledad!....

(*Se queda abismada, con la cabeza entre las manos.*)

ESCENA VI.

ISABEL Y ALEJO.

CARCEL. (*afuera.*)—Entrad, y no os dilateis.

ISABEL. —¡Ah! ¿Eres tú, Alejo? Ya creia que no venias.... ¡Necesitaba tanto verte! (*Abrazándolo.*)

ALEJO. —¡Señorita! ¿cómo habia de faltar? Desde que obtuve el permiso para venir aquí, ¿acaso he dejado de veros un solo dia?

ISABEL. —No: tienes razon; pero....

ALEJO. —¡Mil truenos! Pues ¿cómo habia de faltar hoy, que os traigo una buena noticia?....

ISABEL (*con triste sonrisa.*)— ¡Una buena noticia!.... ¿y cuál es?.... Pero habla bajo; están durmiendo....

ALEJO. —Pues ya llegó, desde anoche, S. M. con toda la corte: ya volví á ver á mi gene-

rala, y ya no tenemos por qué temer.... ¿Qué tal?

ISABEL (*con tristeza.*)—¡Es tarde!

ALEJO. —¿Cómo tarde? ¿por qué?

ISABEL.—Sí, porque estoy sentenciada á muerte.

ALEJO. —¡Qué! ¿Ya lo sabeis? ¿Y quién os lo ha dicho?.... Sin duda ese bruto de carcelero, á quien encargué tanto....

ISABEL. —Era preciso que me notificaran la sentencia.... Además, así he tenido tiempo de prevenirme, y....

ALEJO. —¡Por vida del padre Marte! Pues si ya lo sabeis, tambien lo sabe mi generala, y me ha enviado aquí....

ISABEL. —Si Dios quiere, esa buena señora podrá salvarme; pero si, como temo, llegase tarde su auxilio, quiero y te suplico que hagas lo que voy á encargarte....

ALEJO. —Es inútil; pero, en fin, os escucho....

ISABEL. —Pues bien.... Si llega el caso, quiero que veles sobre mis padres con la misma eficacia; con esa ternura con que has velado hasta ahora sobre mí.... Quiero que les consueles.... que no olvides que la desesperacion puede arrojar á mi padre, tal vez, hasta el crímen.... que hables á la señora Condesa.... en su favor... para que obtenga su perdon.... que reces una

oracion... sobre mi... tumba... y que en recuerdo mio conserves esta cruz, que desde niña me puso mi madre... en el cuello.... Es mi único tesoro... ella me ha acompañado constantemente, y me ha salvado hasta hoy de todos los peligros...

ALEJO (*que ha estado queriendo interrumpirla: balbuceando.*)—¡Señorita! ¡señorita!... ¡Mil cosacos!... ¿Qué estais diciendo?... Si no habeis de morir... si es imposible... si yo... si mi generala... Vamos, no sé lo que digo....

ISABEL. —Alejo... Alejo, no te aflijas; recobra la calma y dí cuanto quieras....

ALEJO. —Pues si... no es posible que... os maten por ese miserable Denniloff... que... ¿no sabeis lo que queria?

ISABEL. —¿Qué?

ALEJO. —Queria envenenaros....

ISABEL. —¿A mí?

ALEJO. —Sí, sí: ¿no recordais que el dia... del suceso... pedí vuestro té ántes de salir?... ¡Ah! ¡en mala hora salí!........ Pues bien: ese tigre, puso en la taza no sé qué polvos.... El mozo que os la llevaba, tomó un poco de su contenido, y estuvo muy grave.... ¡Por fortuna vos no lo probasteis!.... El posadero fué apre-

hendido; mas como se encontró mayor cantidad de veneno entre los objetos que traía Denniloff, y como el mozo hizo ciertas aclaraciones, se llegó por fin á saber la verdad....

ISABEL. —¡Es posible que ese hombre sea tan malo!

ALEJO. Sí, sí; pero tambien ya á estas horas su Majestad lo sabe todo. El magistrado qué se interesa por vos, ha estado hablando esta mañana con la señora Condesa y con el mismo Emperador: ya veis que tenia razon en deciros que no hay por qué temer....

ISABEL. —¿Y sabes la hora fijada para la ejecucion de la sentencia?

ALEJO. —No sé.... Creo que mañana....

ISABEL. —Ahora mismo. Los jueces han querido evitarme padecimientos, y dentro de unos instantes vendrán por mí....

ALEJO. —¡Dios de Dios! ¡Dentro de unos instantes!... ¡No puede ser!.... ¡Voy, voy á avisar á la Condesa!

(Cuando va á salir, entra el carcelero.)

ESCENA VII.

DICHOS Y EL CARCELERO.

CARCEL.—Ya es la hora.... ¿Estais dispuesta....
ISABEL. —¡Ya!
ALEJO. —¡Cómo! ¿ya venís á llevarla para?.... ¡No, no! ¡voto á cien mil cosacos!
ISABEL. —¡Silencio, por Dios!
CARCEL. (*con voz insegura.*)—El Tribunal, accediendo tambien en esto á lo que pedísteis, dispuso que la sentencia sea ejecutada en uno de los patios de la prision...
ALEJO. —Pero, ¡si es imposible!... la Condesa... ¡Esperad! ¡esperad por favor!... La Condesa... el Emperador... sí, sí; van á venir, no lo dudeis... voy á llamarlos... ¡Una hora!... ¡solo una hora! ¡Por vuestros hijos, si los teneis!
CARCEL. (*enjugándose una lágrima.*)— No es posible... aunque quisiera... los soldados esperan en la puerta....

ESCENA VIII.

DICHOS Y CATARINA.

TODOS. —¡Ah!... (*Catarina cierra al salir la puerta de la alcoba.*)
CATAR. —¿Qué hay? ¿qué sucede? ¡Esas voces!

Isabel (*con voz insegura.*)—¿No... habeis... dormido, madre mia?

Catar. —No sé si he dormido; pero he tenido un sueño espantoso... (*Viendo á todos.*) Mas ¿qué teneis? ¿por qué esa agitacion? (*Al fijarse en el carcelero.*) ¡Ah, Dios mio! ¿qué queréis? ¿qué estais haciendo aquí?

Carcel.—Venia... (*Isabel le hace seña de que calle.*) Vine.... por la señorita.... para que.... (¿Qué le digo?)

Catar. (*corriendo á abrazar á Isabel.*)—¿A Isabel?... ¿á Isabel?... ¿Os la queréis llevar?.... ¡No, no!... ¡Es mi hija!... ¿No sabeis que es mi hija?

Carcel.—Pero, señora... es preciso... el Tribunal ha dispuesto....

Catar. —¿Y qué me importa vuestro Tribunal? ¡Oh, no! ¡no la llevaréis.... llevadme á mí, á mí sí... pero á ella, jamás....

Carcel.—Si ella es... quien debe ir....

Catar. —Pues bien; yo la acompañaré... ¿Adónde quereis llevarla; adónde.... ¡Ah! ¿Callais?... ¿Quereis hacerle mal?... ¡Matarla tal vez!... No, no... ¡Matar á mi hija!... (*Extendiendo una mano como para defenderla.*) ¡Oh, no; mil veces no!... ¿Qué no teneis hijos?.... ¿Querríais que

os los quitaran?... ¿Qué mal os ha hecho mi pobre hija?... ¡Ella tan pura, tan inocente!... No; llevadme á mí.... (*Dejando á Isabel y acercándose al carcelero.*) Yo maté á Denniloff, os lo juro.... Sí; yo le maté; yo le herí.... Pero ella no es culpable, no.... ¿No veis su cándor?....

ALEJO. —¡Cien bombas! ¡Esto es horrible!

CATAR. —¡Miradla!... ¡Miradla!... ¿Verdad que es muy bella?... ¡Oh! ¡No tendréis corazon para llevárosla!

CARCEL.—(¿Qué hacer?) Pero si yo.... soy mandado....

CATAR. (*abrazándola nuevamente.*)—¡Ah! ¿No os apiadan ni su juventud ni su inocencia?.... ¿Teneis una alma de roca?.... Y bien; llevadla.... llevadla; pero ántes me haréis dos mil pedazos....

ISABEL. (*Que ántes ha estado llorando.*) Pero... madre mia.... tranquilízate.... si voy á dar declaracion....

UNA VOZ FUERA.—¡Pronto! ¿Qué haceis? ¡El verdugo espera!

CATAR. —¡Cielos! ¡¡El verdugo!!! (*Cae desplomada, sin que Isabel pueda sostenerla. Alejo acude en su auxilio.*)

CARCEL.—Vamos; ahora: aprovechad este momento; si no, despues será peor.... (*Isa-*

bel abraza y besa á Catarina: quiere levantarla, y despues, haciendo un esfuerzo, la deja caer con suavidad: la besa de nuevo y corre con decision hácia la puerta, diciendo):

ISABEL. —¡Alejo!.... ¡Mi madre!.... (*Señalándosela.*) ¡Adios! (*Sale con el carcelero, Alejo quiere seguirla; pero se contiene al oir la recomendacion de que cuide á Catarina, y anonadado, cae de rodillas junto de ésta. Lopouloff sale con violencia de la alcoba.*)

ESCENA IX.

ALEJO, CATARINA, DESMAYADA, Y LOPOULOFF.

LOP. —¡Verdugo! ¿Quién habla aquí de verdugo?.... ¿Qué es eso?.... ¡Catarina!.... ¿Y mi hija? ¿Dónde está mi hija? (*Alejo, sin poder hablar, le señala la puerta.*) ¿Pero qué?... Habla.... habla.... (*Un momento despues se abre de nuevo la puerta, dando paso á la Condesa que trae abrazada á Isabel.*)

ESCENA X.

DICHOS, LA CONDESA É ISABEL.

ALEJO. —¡Ah! ¡Mi generala! ¡Se ha salvado!

LOP. —¡Ella! ¡ella es! *(Corre á abrazar á Isabel. Esta acude á atender á su madre, despues de corresponder á las caricias de Lopouloff.)*

CONDESA—Sí, sí, mi bravo amigo. Ella; vuestra noble hija, que por fin va á ser dichosa. ¡Ya todos sois libres!

LOP. —¡Ah, señora!....

ISABEL. —¡Mamá! ¡mamá! vuelve en tí.... ya estoy á tu lado.... ¿No me ves?... Ya no nos separarémos más....

GATAR. (*sostenida por Alejo é Isabel.*)—¡Tú!... ¡tú!... Isabel!... ¿Eres tú?... Entónces ha sido.... un sueño espantoso lo que he tenido.

ISABEL. —Sí, sí: un sueño....

CATAR. —¡Lo del verdugo! (*Con terror.*)

ISABEL. —Sueño tambien, que ya pasó....

CONDESA—Sí, señora: nada temais. Todos estais libres. Yo quise ser la primera en traeros la noticia, y por fortuna he llegado á tiempo. No debe dilatar mi hijo con el decreto de S. M., que confirmará mis

palabras.... (¡Oh! ¡Si he tardado un instante más! me horrorizo al pensarlo....) (*Aparte.*)

LOP. —¡Ah, señora! ¡Cuánta bondad!

CONDESA—¡Cómo, cuánta bondad! ¿Habeis acaso olvidado que somos viejos amigos?.... ¿Habeis olvidado que mi esposo fué vuestro compañero de armas?.... Y sobre todo, ¿se os ha olvidado que teneis á vuestro lado una hija, que es un ángel del cielo?.. (*Mirando á Isabel con ternura.*)

ISABEL (*avergonzada.*)—¡Señora!.... ¡Vos, vos sois y habeis sido nuestro ángel salvador! (*A Catarina, indicando á la Condesa.*) Madre, es nuestra protectora. Abrazadla, si ella os lo permite....

CONDESA (*yendo á abrazar á Catarina.*)—¡Cómo! ¿Que si lo permito?.... Con todo el corazon....

CATAR. (*balbuceando.*)—¡Ah!... Sois... muy... bondadosa.... ¿Cómo pagar tanto beneficio?....

CONDESA (*poniéndole cariñosamente una mano sobre la boca.*)—Callad; no digais eso: ni podeis, ni debeis hablar....

ALEJO. (*Que ha estado haciendo esfuerzos para hablar.*)—¡Por vida del grande Alejandro! ¡Rayos y centellas! ¡Voto á mil

cosacos! ¡Esto es muy lindo! ¡Más lindo que la retirada de los franceses y que el incendio de Moscow!.... Por fin, pude hablar.... ¡Voto á todos los diablos!.... digo, es decir.... con perdon de mi generala y de mi coronel, y de todos los presentes.... (*Se queda avergonzado.*)

LOP. —No, amigo mio: no soy tu coronel. Soy tu hermano, tu amigo, y nada más.... y tú.... tú eres el segundo padre de mi hija.... Ven, ven á mis brazos....

ALEJO (*dejándose abrazar lleno de confusion.*) —¡Yo!... ¡yo... hermano de mi coronel!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS Y ESTANISLAO, que llega fatigado, con un pliego en la mano.

ESTAN. —¡Madre!... madre!... aquí está el ukasé de S. M.... He venido corriendo.... (*Saluda á todos con una inclinacion de cabeza.*)

CONDESA—Leélo; leélo tú mismo, hijo mio....

ESTAN. (*despues de una pausa, durante la cual procura tomar aliento. Lee.*)—«Nicolás I, emperador, autócrata de to-«das las Rusias, rey de Polonia, ect., etc.:

«Que siéndonos perfectamente demos-
«trada la inocencia é inculpabilidad de
«la jóven Isabel Lopouloff, acusada del
«delito de haber herido á uno de nues-
«tros vasallos, por cuyo delito ha sido
«juzgada y sentenciada; y usando de
«nuestros imperiales derechos y prero-
«gátivas, la indultamos de toda pena, y
«disponemos que desde luego sea puesta
«en absoluta libertad, con todos los que
«por el propio delito estuviesen presos,
«pues queremos que no se haga acerca
«de él mayor averiguacion. Que cons-
«tándonos igualmente la lealtad y fideli-
«dad que para con nosotros y con nues-
«tro imperial hermano, observa y ha ob-
«servado nuestro súbdito, Nicolás Lopou-
«loff, confinado hace diez y siete años á
«la Siberia, por la vil delacion de un ca-
«lumniador, decretamos: quede perpe-
«tuamente levantado ese destierro, y
«que en consecuencia, Lopouloff recobre
«el goce de todos sus honores y bienes
«confiscados.»

ISABEL. —¡Gracias, gracias, Dios mio! S. M. ha sido demasiado generoso con nosotros.

CONDESA—No: simplemente ha rendido tributo á la justicia. Pero oid, oid; todavía falta....

ESTAN. (*leyendo.*)—«Que con el fin de que la «calumnia y villanía de Augusto Denniloff «tengan su condigno castigo, además de «degradarlo de la nobleza que ha disfru- «tado, le confiscamos todos sus bienes, en «favor de la víctima de su calumnia, y «disponemos, que sin perjuicio de la pena «que le imponga el Tribunal por el delito «de que le está juzgando; si ésta no fuese «la capital, sea, despues de sufrirla, de- «portado perpetuamente á la Siberia.»

ISABEL (*con conmiseracion.*)—¡Oh! ¡Eso es demasiado!

ALEJO. —¡Mil relámpagos! Sí, sí; demasiado poco para lo que merece ese bribon!

CONDESA (*sonriendo.*)—Continúa, hijo mio.

ESTAN. (*leyendo.*)—«Y por último, que para «premiar la virtud y la heróica abnega- «cion filial de Isabel Lopouloff, ya citada, «la nombramos Condesa de Tomks y se- «gunda dama de honor de la emperatriz, «nuestra augusta esposa; y es nuestra vo- «luntad que se case con Estanislao Suwa- «row, hijo del ilustre general de este nom- «bre, muerto en la batalla de Lutzen; «siempre que los interesados y los pa- «dres por ambas partes, estuvieren en

«ello conformes. Dado en nuestro impe-
«rial palacio, en Moscow, etc., etc.

ALEJO (*con entusiasmo.*)—Así se hace. ¡Viva S. M. el emperador Nicolás!

ISABEL (*avergonzada.*)—¡Oh! ¡Tanto honor!... No, no merezco tanto!...

CONDESA—Sí, querida mia. Una hija como vos, merece todo lo bueno.... (*A Lopouloff.*) Mas.... ¿qué decís de esa última cláusula? Mi hijo espera con ansia vuestra decision, pues desde que vió á Isabel en Kazan, no ha podido olvidarla ni un momento...

ALEJO. —¡Que se casen; sí, sí; ¡voto al grande Alejandro! ¡Que se casen.... y vivirémos juntos.... y le enseñaré á la señorita el manejo del sable..... digo..... no..... es decir..... á sus hijos cuando los tenga; y les contaré mis campañas, y....

LOP. (*balbuceando.*) Señora....nos haceis.... un honor.... muy grande para que pueda rehusar; pero.... nunca forzaré la voluntad de Isabel.... ella decidirá: y ya comprenderéis que ocupada hasta hoy en su obra sublime, no ha tenido tiempo para pensar en matrimonio....

CONDESA—Sí, si; teneis razon: que lo piense, y verémos.... ¿No es verdad, Estanislao?

ESTAN. (*con tristeza.*)—Sí, madre mia.

ALEJO. —¿Estais contenta, señorita? Ya sois rica.

ISABEL. —¡Oh! sí, muy contenta; pues gracias á esa riqueza, podré mostrar mi gratitud á los que me han favorecido....

ALEJO. —Pero, ¿qué clase de alma teneis, que ni los pesares ni las alegrías os vuelven loca?

ISABEL. —Es que nunca he desconfiado de la Providencia Divina.

CONDESA.—Pero, salgamos: salgamos ya de este horrible sitio; y que él nos haga recordar en lo sucesivo, que sin lucha no hay verdadero mérito; y que, aunque tarde, siempre el vicio encuentra su castigo, y la virtud su recompensa. (*Todos se preparan á salir y cae el telon.*)

ADVERTENCIA.—El papel mudo de Catarina en esta escena, debe llenarse con ademanes y aun con palabras cortadas. Se supone que las distintas emociones que va experimentando, ahogan la voz en su garganta. Isabel no debe separarse de su lado.

FIN DEL DRAMA.

Se vende al precio de cuatro reales en la librería del señor Aguilar y Ortiz, 1ª calle de Santo Domingo; en la de Rosa y Bouret, calle de San José el Real, y en las contadurías de los teatros, Principal y de Hidalgo.

En los mismos puntos y á igual precio se expende la comedia del mismo autor, intitulada: LOS AMIGOS PELIGROSOS.